LA DEVOCION A MARIA

por

Antonio Royo Marín, O. P.

Agradecemos al autor de esta obra y a la BAC que nos hayan autorizado gratuitamente la edición de este libro que ha sido sacado de la obra «LA VIRGEN MARIA» de dicha editorial. Recomendamos encarecidamente la lectura de la mencionada obra completa.

APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 44 - 41003 SEVILLA

D.L. GR-1.118-95
ISBN:84-7770-129-6

Impreso en España
Complejo Gráfico Andaluz, S.L.
Ctra. Benalua, 21
Purullena 18519 (Granada)

INTRODUCCION

Después de haber estudiado los grandes dogmas y títulos marianos, así como la ejemplaridad de María por sus virtudes admirables, llevadas a su último desarrollo y perfección por la acción desbordante de los dones del Espíritu Santo en su corazón inmaculado, vamos a examinar ahora cuál debe ser la actitud fundamental que hemos de adoptar nosotros con relación a Ella. Puede sintetizarse en una sola palabra: *devoción.* Pero devoción auténtica, verdadera, intensísima, depurada de toda desviación supersticiosa o excesivamente sentimental; una devoción perfectamente teológica, en su doble vertiente afectiva y efectiva.

Dividiremos esta parte de nuestra obra —la más importante desde el punto de vista práctico— en los siguientes capítulos:

1.° La devoción en general.
2.° Naturaleza de la devoción a María.
3.° Necesidad de la misma.
4.° La perfecta consagración a María.
5.° La devoción a María, señal de predestinación.

CAPÍTULO I

LA DEVOCION EN GENERAL

Para comprender el verdadero sentido y alcance de la devoción a María es conveniente tener ideas claras sobre el concepto mismo de la devoción en general. Expondremos su *naturaleza,* sus *relaciones con la perfección cristiana* y los principales *medios* para adquirir, conservar y desarrollar la devoción.

1. Naturaleza

En sentido teológico estricto, la devoción consiste en una *voluntad pronta para entregarse con fervor a las cosas que pertenecen al servicio de Dios.* Son, pues, devotos los que se entregan o consagran por entero a Dios y le permanecen totalmente sumisos. Su nota típica y esencial es la *prontitud de la voluntad,* dispuesta siempre a entregarse al servicio de Dios. Los verdaderos devotos están siempre disponibles para todo cuanto se refiera al culto o servicio de Dios.[1]

1. Cf. II-II 82,1.

La devoción es un *acto de la virtud de la religión,* aunque proviene también de la virtud de la caridad. Si se intenta con ello la *unión amorosa con Dios,* es un acto de caridad; si se intenta el *culto* o servicio de Dios, es acto de religión. Son dos virtudes que se influyen mutuamente: la caridad *causa* la devoción, en cuanto que el amor nos hace prontos para servir al amigo; y, a su vez, la devoción aumenta el amor, porque la amistad se conserva y aumenta con los servicios prestados al amigo.[2]

Santo Tomás advierte que la devoción, como acto de religión que es, recae propiamente en Dios, no en sus criaturas. De donde la devoción a los santos —e incluso la misma devoción a María— no debe *terminar* en ellos mismos, sino en Dios a través de ellos. En los santos veneramos propiamente *lo que tienen de Dios,* o sea, a Dios en ellos.[3]

La causa extrínseca y principal de la devoción es Dios, que llama a los que quiere y enciende en sus almas el fuego de la devoción. Pero la causa intrínseca por parte nuestra es la meditación o

2. Cf. II-II 82,2.

3. «La devoción que tenemos a los santos de Dios... no tiene a ellos por fin, sino a Dios, es decir, que veneramos a Dios en los ministros o representantes de Dios» (II-II 82, 2 ad 3). Por donde se ve cuán equivocados andan los que vinculan su devoción no ya a un determinado santo como causa *final* de la misma —lo que sería ya un gran desorden—, sino a una determinada *imagen* de un santo o de la Virgen, fuera de la cual ya no tienen devoción al santo o a la misma Virgen. Estos tales no tienen la menor idea de lo que constituye la verdadera devoción.

contemplación de la divina bondad y de los beneficios divinos, juntamente con la consideración de nuestra miseria, que excluye la presunción y nos empuja a someternos totalmente a Dios, de quien nos vendrá el auxilio y remedio. Su efecto más propio y principal es llenar al alma de espiritual alegría, aunque a veces accidentalmente puede causar tristeza según Dios, ya sea por no poseer plenamente a Dios o por la consideración de los propios defectos, que nos impiden la entrega total al mismo Dios.[4]

No hay que confundir el fervor o *prontitud de la voluntad* —en que consiste esencialmente la devoción— con el *sentimiento* de ese fervor, que son cosas completamente distintas.[5] El fervor o prontitud consiste primaria y principalmente en la enérgica determinación de la voluntad de permanecer fielmente consagrado al servicio de Dios, a pesar de las frecuentes y dolorosas sequedades, arideces y pruebas espirituales. Este fervor de la voluntad, llamado también *devoción substancial,* constituye, a la vez, el fundamento firme sobre el que descansa toda la práctica de la devoción y la causa de todo su mérito ante Dios. Sin él, la devoción puramente sensible no tiene consistencia ni utilidad verdadera. Con él, el alma permanece tranquila e inquebrantable en el servicio de Dios a través de todas las fluctuaciones de las impresiones sensibles. En medio de la árida desolación de las purificaciones pasivas y de la ausencia de

4. Cf. II-II 82, 3 y 4.
5. Cf. E. DUBLANCHY, *Dévotion:* DTC de VACANT-MANGENOT, col. 680-84.

toda consolación —como ocurre con frecuencia, sobre todo a las almas fuertes, que Dios purifica de una manera más intensa y rápida—, la devoción substancial continúa empujando y sosteniendo al alma en el servicio de Dios, como si estuviera nadando en un mar de consolaciones sensibles. Sin embargo, cuando Dios las da, no deben despreciarse estas consolaciones sensibles, pues constituyen un poderoso estímulo para la actividad espiritual en el servicio de Dios; a condición, empero, de no apegarse desordenadamente a ellas —buscando las consolaciones de Dios en vez de al Dios de las consolaciones— y de ir siempre acompañadas de una humilde desconfianza de sí mismos y de la práctiva efectiva de todas las virtudes.

Este fervor de la devoción, en vez de ser un simple acto transitorio y pasajero, puede y debe convertirse en una disposición habitual, que exista e influya en la práctica de todos los actos del culto divino. Alimentada por una generosa y constante caridad y fortalecida por los dones del Espíritu Santo, particularmente los de piedad, entendimiento, ciencia y sabiduría, esta disposición habitual es ayudada todavía por una incesante práctica de los deberes del propio estado cumplidos fidelísimamente. Para ser perfecta, esta devoción habitual debe extenderse no solamente a los actos religiosos preceptuados por algún mandamiento divino o eclesiástico, sino incluso a todo aquello que aparezca claramente ante la propia conciencia como más agradable a Dios.

2. Relaciones con la perfección cristiana

Hay que distinguir entre la devoción *substancial,* la *accidental* y las *devociones particulares.*

a) *La devoción substancial,* que proviene de una caridad ferviente y constante, supone, sobre todo cuando es habitual, cierta perfección ya conseguida; porque esta caridad, fuertemente establecida en el alma y dispuesta a hacer pronta y constantemente lo que advierta ser más agradable a Dios, constituye la perfección misma.

Al mismo tiempo, la devoción substancial contribuye poderosamente al desarrollo cada vez mayor de la perfección, por el empleo constante y fervoroso de los más poderosos medios de santificación: la mortificación, la humildad y la contemplación. La devoción substancial, generosamente mantenida en las dolorosas pruebas de las purificaciones pasivas, tiene un valor y una eficacia particularmente intensas en orden a la santificación personal, a causa de las virtudes heroicas que supone y hace practicar.

b) *La devoción accidental,* considerada en sí misma, no supone necesariamente haber alcanzado ya la perfección. Dios se complace con frecuencia en dispensarla liberalmente a las almas principiantes, que no han sobrepasado aún la llamada vía purgatoria. Quiere, con ello, desprenderlas de las afecciones mundanas peligrosas y atraerlas definitivamente a su amor. No es menos verdadero, sin embargo, que la devoción sensible

puede ayudar eficazmente a conseguir la perfección. Para el alma imprudente que se complace o aficiona excesivamente a ella y descuida la mortificación y las virtudes sólidas, puede constituir un motivo de ruina o, al menos, de lamentable pérdida de tiempo. Pero, cuando la devoción sensible procede de una caridad ardiente y va acompañada de una humilde desconfianza de sí mismo, de una constante conformidad con la voluntad divina y de serios esfuerzos en la práctica de las virtudes sólidas, constituye una poderosa ayuda para la verdadera perfección. Esta eficacia es particularmente intensa en las inefables consolaciones que resultan de la contemplación mística, y que producen como efecto inmediato en el alma un grandísimo amor a Dios y al prójimo por Dios.

c) *Las devociones particulares,* públicas o privadas, pueden ser excelentes medios auxiliares de perfección, según su naturaleza y su importancia y según el espíritu con que se las practique. Esto se verifica principalmente en las devociones cuyo fin inmediato es enteramente espiritual y está íntimamente ligado con la caridad o las otras virtudes cristianas. Otra cosa hay que decir de aquellas otras devociones que se proponen, sobre todo, la obtención de favores puramente temporales. De suyo no tienen relación alguna con la perfección cristiana, pero pueden, no obstante, ser útiles, en cuanto que alivian miserias reales, conservan cierta práctica de la oración y facilitan el cumplimiento de algunos deberes religiosos. Pertenece a los sacerdotes y directores de almas ilustrar y dirigir a los fieles, con el fin de asegurar a las devociones

bendecidas o autorizadas por la Iglesia su plena eficacia espiritual y apartar los defectos o desviaciones que las desacreditan, a veces, a los ojos de los no católicos e incluso de cualquier persona sensata.

3. Medios principales para adquirir, conservar y desarrollar la devoción

No es necesario advertir que la gracia divina es la fuente primera de donde procede la verdadera devoción, como cualquier otro bien sobrenatural. Vamos a recordar tan sólo los medios que la producen directa o inmediatamente en nuestras almas.

Santo Tomás —como ya hemos indicado— los reduce todos a la contemplación de la divina bondad y a la consideración de la propia miseria. He aquí sus palabras:[6]

«En la devoción, la causa extrínseca y principal es Dios, quien, según las palabras de San Ambrosio comentando el Evangelio, «llama a los que le place y hace religioso a quien quiere; y, si tal hubiese sido su voluntad, hubiera hecho hombres devotos a los indiferentes samaritanos». Mas la causa intrínseca, por nuestra parte, tiene que ser la *meditación* o *contemplación.* Ya hemos dicho —en efecto— que la devoción es un acto de la voluntad por el que el hombre se entrega con presteza al servicio divino. Ahora bien, los actos de la voluntad proceden siempre de algún conocimiento o consideración previa, ya que el objeto de la voluntad es el *bien* percibido por la inteli-

gencia; por eso dice San Agustín que «la voluntad nace de la inteligencia». Hay que concluir, por tanto, que la meditación es la causa de la devoción, puesto que en ella decidimos nuestra entrega al servicio divino.

A ellos nos induce una doble consideración. Una es la bondad divina y sus beneficios, que expresa el salmista cuando dice: «Mi bien es estar apegado a Dios, tener en El mi esperanza» (Sal. 72, 28). Esta consideración excita el amor, causa próxima de la devoción. La otra está por parte del hombre, que, viendo sus defectos, se ve obligado a pedir fuerzas a Dios, conforme a lo del salmista: «Alcé mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro me vendrá de Dios, hacedor de cielos y tierra» (Sal. 120, 1-2). Con esta consideración alejamos la presunción, que, por confiar en las propias fuerzas, impide la entrega o sumisión a Dios».

En la respuesta a una objeción, añade el Doctro Angélico que la consideración de aquellas cosas que por su misma naturaleza excitan el amor de Dios, causa la devoción. Y, al contrario, todo aquello que distrae la mente hacia otras cosas extrañas al amor de Dios impide la devoción.[7] Por eso, para sacar toda su eficacia en orden a la devoción, es preciso que la meditación o contemplación vayan precedidas y acompañadas de la práctica del recogimiento interior y de la mortifi-

6. Cf. II-II 82,3.
7. Cf. II-II 82,3 ad 1.

cación o moderación constante de las pasiones aptas para distraer o atormentar el alma.[8]

8. Cf. II-II 180,2.

Capítulo II

NATURALEZA DE LA DEVOCION A MARIA

Después de haber examinado brevemente el concepto de devoción en general, vamos a estudiar ahora más despacio la naturaleza de la devoción a María. Dividiremos el capítulo en los siguientes apartados:

1. El culto debido a la Virgen María.
2. Principios fundamentales de la verdadera devoción a María.
3. La falsa devoción a María.

La orientación y enfoque de este capítulo, sin dejar de ser teológico, mirará principalmente a la práctica, o sea al fomento de la piedad mariana.

1. El culto debido a la Virgen María

Como acabamos de ver en el capítulo anterior, propiamente hablando —o sea en sentido estrictamente teológico, como acto de la virtud de la religión—, la devoción se refiere directamente a Dios y sólo indirectamente a los santos, por lo que tienen de Dios.

La Virgen María ocupa un lugar intermedio entre Dios y los santos, que da origen a un culto del todo propio y especial: muy inferior al de Dios, pero muy superior al de los santos.

1.° A Dios se le venera con culto de adoración o de *latría,* en virtud de su excelencia infinita.

Este culto de **latría** es de tal manera propio y exclusivo de Dios que, tributado a cualquier criatura, constituye —cuando se comete conscientemente— uno de los más graves pecados que se pueden cometer: la *idolatría.*[1]

2.° A los santos les corresponde el culto de *dulía* o de simple veneración (sin adoración), por lo que tienen de Dios. En este sentido no solamente es lícito invocarles y reverenciarles, sino que es muy útil y conveniente. La doctrina contraria está expresamente condenada por la Iglesia.[2] Las principales razones teológicas que justifican el culto y veneración de los santos son las siguientes:

a) La bondad divina, que ha querido asociarse a sus criturras (María, ángeles, santos del cielo y justos de la tierra) en la obtención y distribución de sus gracias.

b) La comunión de los santos, que nos incorpora a Cristo y, a través de El, hace circular sus gracias de unos miembros a otros de su Cuerpo místico.

c) La caridad perfectísima de los santos del cielo, que les mueve a interceder por nosotros, cuyas necesidades ven y conocen en el Verbo divino, sobre todo cuando les pedimos su ayuda e intercesión.[3]

3.° A la Virgen María, por su singular dignidad de Madre de Dios, se le debe el culto de *hi-*

1. Cf. II-II, 94,3.
2. Cf. D 984 ss. 342.679, etc.
3. Hay otras razones, que pueden verse en Santo Tomás: II-II 83,11 y *Suppl.* 72.

perdulía, o de veneración muy superior a la de los santos, pero muy inferior al culto de *latría,* que se debe exclusivamente a Dios. El culto de *hiperdulía* difiere específicamente, como es obvio, del culto de *latría.* A la Virgen se la *venera,* pero no se la *adora* como a Dios. Hay un abismo infinito entre ambas especies de culto.

Pero cabe preguntar: el culto de *hiperdulía,* ¿difiere solamente en *grado* o también en *especie del culto de dulía* debido a los santos? Hay que responder distinguiendo: difiere solamente en grado si se toma como *motivo* de ese culto su *santidad* eximia; porque aunque la santidad de María es incomparablemente superior a la de todos los santos juntos, está dentro de la misma línea de la *gracia santificante.* Pero difiere también específicamente si se toma como *motivo* su singular dignidad de *Madre de Dios,* porque esta dignidad la coloca en un orden aparte —el orden *hipostático relativo*— que está mil veces por encima y es específicamente distinto del orden de la gracia y de la gloria en el que se encuentran todos los santos.

De manera que al hablar de la *devoción a la Virgen* hay que entenderla siempre en el orden del culto de *hiperdulía,* que es el que le corresponde a Ella sola específicamente. En este sentido caén por su base todas las objeciones protestantes contra el culto de María que profesamos los católicos. Veneramos a la Virgen con una devoción tiernísima y filial —la que merece como Madre de Dios y de los hombres—, pero sin incurrir en ninguna idolatría. Sabemos distingir muy bien entre Dios y las criaturas, aunque entre éstas se encuentre la más grande y excelsa de todas, que es su Madre santísima. La fórmula ideal que resume y

condensa el pensamiento católico sobre la devoción mariana es ésta: *A Jesús por María.* O sea, María camino recto y seguro para llegar a Jesús, y Jesús único *Camino* para llegar al Padre (cf. Jn 14,6). María no solamente no aparta a nadie de Dios ni disminuye o amortigua el culto primordial que se debe al Redentor del mundo, sino que —como veremos ampliamente más abajo— es el camino más recto y expedito para ir a Jesús, *Hijo de María,* y por Jesús al Dios uno y trino, principio y fin de todas las cosas (cf. 1 Cor. 3,22-23; 15, 25-28).

2. Principios fundamentales de la verdadera devoción a María

Aunque a todo lo largo de la historia de la Iglesia se han escrito una cantidad ingente de libros sobre la devoción a María por parte de los Santos Padres, de los grandes teólogos y de los más celebredos maestros de la vida espiritual, acaso ninguno se pueda equiparar, por su contenido maravilloso dentro de su brevedad, a la hermosísima obrita de San Luis María Grignion de Montfort que lleva por título *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen.* Escrito por el santo hacia el año 1713, permaneció oculto y desconocido —como en el propio libro había

profetizado el mismo santo— hasta su descubrimiento en 1842. He aquí sus proféticas palabras:

«Claramente preveo que saldrán muchas fieras espantosas, las cuales, enfurecidas, intentarán destrozar con sus dientes diabólicos este humilde escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para redactarlo; o que, cuando menos, *pretenderán encerrar este librito en las tinieblas y en el silencio de un cofre,* a fin de que no aparezca; y hasta atacarán y perseguirán a aquellos y aquellas que lo lean y lo pongan en práctica. Pero ¡no importa! ¡Mejor todavía! Este presentimiento me alienta y me hace esperar un gran éxito, es decir, un gran escuadrón de valientes y animosos soldados de Jesús y de María de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, al diablo y a la naturaleza corrompida, *en los tiempos de peligro que vendrán como jamás los hemos vistos*» (n. 114).

El libro manuscrito permaneció, en efecto, oculto hasta 1842, en que fue hallado en un cofre de libros viejos por un padre de la Compañía de María, fundada por el mismo santo. Se publicó por primera vez en 1843, y desde entonces acá se cuentan por centenares las ediciones en los principales idiomas del mundo.[4] El eminente mariólogo Roschini, director de la revista internacional de mariología *Marianum,* escribía en julio de 1940:

«Si se abriera un "referéndum" internacional sobre cuál es el libro más hermoso sobre la San-

4. Más de 250 se describen concretamente en la edición de las *Obras* del Santo publicada por la BAC (Madrid. 1954). pp. 879-95, y la lista es, sin duda alguna, muy imcompleta.

tísima Virgen, estoy seguro que la mayor parte de las respuestas darían la preferencia a este librito, que, traducido en muchas lenguas, cuenta muchas ediciones y numerosos y grandes admiradores. Es libro verdaderamente clásico y, en pequeño, una verdadera Suma de teología mariana, en la que el santo autor, con verdadera originalidad, nos hace comprender con vigorosa elocuencia, alimentada por sólida ciencia teológica, no sólo cuál es la *verdadera* devoción, sino también cuál es la *perfecta* devoción a la Santísima Virgen, y enseña con mucha finura la práctica de ella hasta en sus mínimos pormenores... Repetimos que éste es un libro sobre todo elogio, destinado a ser el manual de todo verdadero servidor de la Santísima Virgen.»

Siguiendo el espíritu de este sublime *Tratado* de San Luis María Grignion de Montfort, e incluso recogiendo, resumiendo o ampliando, según los casos, su misma letra, vamos a establecer los siguientes principios fundamentales que han de informar toda verdadera y auténtica devoción a la excelsa Madre de Dios.

1.° Jesucristo ha de ser el fin último de la verdadera devoción a María

A nadie debe extrañar que sentemos este principio en primerísimo lugar. Dos razones obligan a ello:

a) Una de orden filosófico: La causa *final* mueve a todas las demás. Nadie se mueve sino

en orden a un fin que intenta conseguir. Por eso, aunque el fin sea lo último en la consecución, ha de ser lo primero en la intención.

b) Otra de orden teológico: María no es el fin de la vida cristiana. Objetivamente lo es el mismo Cristo. O si preferimos decirlo con relación a nosotros, el fin es nuestra plena configuración con Jesucristo para gloria de Dios (cf. Ef. 1, 3-12). Luego la verdadera devoción a María ha de tener por fin al mismo Cristo, según la fórmula clásica, tan profunda y simplificadora: *A Jesús por María.*

Escuchemos a San Luis María exponiendo admirablemente este principio fundamental:[5]

«El fin último de todas nuestras demás devociones no debe ser otro que Jesucristo, nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre; de lo contrario, estas devociones serían falsas e ilusorias. Jesucristo es el *alfa* y la *omega,* el principio y fin de todas las cosas. Nosotros no trabajamos, como dice el Apóstol, más que para hacer a todos los hombres perfectos en Jesucristo, porque sólo en El habitan toda la plenitud de la divinidad y todas las demás plenitudes de gracias, de virtudes y de perfecciones; porque sólo en El hemos sido bendecidos con toda suerte de bendición espiritual; porque El es nuestro único

5. Cf. *Tratado de la verdadera devoción* c. 2 a. 1 n. 61-62 (ed. BAC pp. 473-75). Advertimos de una vez para siempre que todas nuestras citas de San Luis María Grignion de Montfort las tomamos de la edición de sus *Obras* publicada por la BAC (Madrid, 1954) y que el *Tratado de la verdadera devoción* lo citaremos con la abreviatura *Ver. dev.*

Maestro, que ha de enseñarnos; nuestro único Señor, de quien debemos depender; nuestra única Cabeza, a quien debemos estar unidos; nuestro único Modelo, al que debemos conformarnos; nuestro único Médico, que ha de curarnos; nuestro único Pastor, que nos ha de alimentar; nuestro único camino, que ha de conducirnos; nuestra única Verdad, que debemos creer; nuestra única Vida, que nos ha de vivificar, y nuestro único Todo, que en todas las cosas nos debe bastar. Debajo del cielo, ningún otro nombre se nos ha dado para que por él seamos salvos, más que el nombre de Jesús. Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y para nuestra gloria más que a Jesucristo. Todo edificio que no descanse sobre esta piedra firme está fundado sobre arena movediza y caerá infaliblemente, tarde o temprano. Todo fiel que no esté unido a El como un sarmiento lo está a la cepa de la vid, caerá, se secará y sólo servirá para ser echado al fuego. Fuera de El sólo hay extravío, mentira, iniquidad, inutilidad, muerte y condenación. Pero, si permanecemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros, no tendremos que temer condenación alguna: ni los ángeles del cielo, ni los hombres de la tierra, ni los demonios del infierno, ni otra criatura alguna nos dañará, pues no nos puede separar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús. Por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo podemos todas las cosas: tributar todo honor y gloria al Padre en unidad del Espíritu Santo, hacernos perfectos y ser a nuestro prójimo buen olor de vida eterna.

Si nosotros, pues, establecemos la sólida devoción a la Santísima Virgen, sólo es para establecer más perfectamente la de Jesucristo y para ofrecer un medio fácil y seguro de hallarlo. Si la devoción a la Santísima Virgen alejase de Jesucristo, sería necesario rechazarla como una ilusión del diablo. Mas tan lejos está esto de ser así, que, muy al contrario, según he demostrado ya y mostraré también más adelante, si esta devoción nos es necesaria, es porque sólo por ella podemos hallar perfectamente a Jesucristo, para amarle con ternura y para servirle con fidelidad».

Sentado este principio fundamental, San Luis María se hace cargo inmediatamente de las objeciones que contra el culto de María lanzaban los jansenistas de su tiempo, bajo el pretexto de que ese culto y devoción empaña u oscurece el que se debe a Jesucristo, único Mediador. San Luis María se lamenta de esta tremenda aberración en unos párrafos sublimes, *que tienen hoy palpitante actualidad,* aunque por motivos distintos de los de su época. He aquí sus palabras:[6]

«A vos me dirijo en estos momentos, amable Jesús mío, para lamentarme amorosamente ante vuestra Majestad de la que la mayor parte de los cristianos, aún los más instruidos, no conocen el enlace necesario que existe entre Vos y vuestra santísima Madre. Vos, Señor, estáis siempre con María, y María con Vos, y no puede estar sin Vos; pues, de lo contrario, dejaría de ser lo que es. Ella está de tal manera transformada en Vos por la gracia, que ni vive ni es nada en realidad, sino

[6] Cf. Ver. dev. n. 63-65, pp. 475-77.

que Vos, Jesús mío, sois quien vive y reina en Ella más perfectamente que en todos los ángeles y bienaventurados. ¡Ah!, si se conocieran la gloria y el amor que Vos recibís en esta criatura admirable, se tendrían hacia Vos y hacia Ella muy distintos sentimientos de los que al presente se abrigan. Tan íntimamente unida esta Ella a Vos, que antes se separaría la luz del sol y el calor del fuego; digo más, antes se separarían de Vos a todos los ángeles y santos que a la divina María; porque Ella os ama más ardientemente y os glorifica más perfectamente que todas las demás criaturas juntas.

Según esto, amable Maestro mío, ¿no es cosa que causa admiración y lástima ver la ignorancia y las tinieblas que embargan a los hombres de este mundo con respecto a vuestra santísima Madre? Y ahora no hablo de tantos idólatras y paganos que, al no conoceros a Vos, no se cuidan de conocerla a Ella... Hablo de los *cristianos católicos y aun de algunos doctores entre los católicos* que, haciendo profesión de enseñar a otros la verdad, no os conocen a Vos ni a vuestra santísima Madre más que de una manera especulativa, seca, estéril e indiferente. Estos a quienes aludo no hablan sino rara vez de vuestra santísima Madre y de la devoción que se le debe profesar, porque temen, dicen ellos que se abuse de esta devoción; que honrando mucho a vuestra santísima Madre, se infiera injuria a Vos. Si ven u oyen a algún devoto de María hablar con frecuencia de la devoción a esta Madre bondadosa de una manera tierna, intensa y persuasiva, como de un

medio seguro sin ilusión, de un camino corto sin peligro, de una senda inmaculada sin imperfección y de un secreto maravilloso para hallaros y amaros perfectamente, claman contra él y le arguyen con mil razones falsas, para probarle que no es conveniente que se hable tanto de la Santísima Virgen, que hay grandes abusos en esta devoción y que es necesario trabajar con empeño para destruirlos y hablar de Vos antes que llevar a los pueblos hacia la devoción de María, a quien ya aman bastante.

A veces se les oye hablar de la devoción a vuestra santísima Madre, pero no es para establecerla ni inculcarla, sino para destruir los abusos que de ella se cometen, en tanto que carecen de piedad y devoción tierna para con Vos, porque no la tienen para con María, pues consideran el Rosario entero, el Escapulario o la tercera parte del Rosario como devociones de mujercillas, propias de ignorantes, sin las cuales puede uno salvarse; y si tropiezan con algún devoto de María que reza la tercera parte del Rosario o practica alguna otra devoción en su honor, trabajan por cambiar su espíritu y su corazón, y, en lugar del Rosario, le aconsejan que diga los siete salmos, y, en vez de la devoción a la Santísima Virgen, le inculcan la devoción a Jesucristo.

¿Tienen estos tales, amables Jesús mío, vuestro espíritu? ¿Os agradan obrando de esta manera? ¿Os complace quien no se esfuerza por obsequiar a vuestra Madre por miedo de disgustaros a Vos? La devoción a vuestra santísima Madre, ¿es obstáculo para la vuestra? ¿Acaso Ella se atribuye

el honor que se le tributa? ¿Acaso forma bando aparte? ¿Es por ventura una extraña que no tiene con Vos ninguna relación? ¿Os desagrada a Vos quien a Ella desea agradar? ¿Es separarse o alejarse de vuestro amor el entregarse a Ella y amarla?

Sin embargo, de esto, amable Maestro mío, la mayor parte de los sabios, en castigo de su orgullo, no se alejarían más de la devoción a vuestra santísima Madre ni mostrarían más indiferencia para con Ella si fuera verdad todo lo que acabo de decir. Guardadme, Señor, guardadme de sus sentimientos y de sus prácticas, y comunicadme alguna parte de los sentimientos de reconocimiento, de estima, de respeto y de amor que Vos abrigáis hacia vuestra Madre santísima, a fin de que os ame y glorifiquen cuanto más os imite y más de cerca os siga.

Permitidme que, como si hasta aquí no hubiera aún hecho nada en honor de vuestra santísima Madre, la alabe ahora dignamente: *Fac me digne tuam Matrem collaudare,* a pesar de todos sus enemigos, que son los vuestros, y que yo les diga en alta voz con los santos: *No presuma obtener de Dios misericordia aquel que ofende a su santísima Madre*».

Nada se puede añadir a esta formidable y piadosísima argumentación de San Luis María. Podríamos corroborarla con una impresionante serie de textos del supremo Magisterio de la Iglesia en los que los Vicarios de Cristo en la tierra insisten de mil modos y maneras en estas mismas ideas del gran santo mariano. Los que, a pesar

de esta serie abrumadora de testimonios en favor de la devoción íntima y entrañable a María se empeñen en rebajarla o practiquen la táctica del silencio con relación a ella, pueden tener la seguridad absoluta de que están fuera del espíritu de Jesucristo y en manifiesta oposición al sentir oficial de su Iglesia. El concilio Vaticano II ha proclamado una vez más, inequívocamente, esta auténtica doctrina católica cuando dice en la constitución dogmática *Lumen gentium,* sobre la Iglesia (n. 60), que la devoción a María, *lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta.* Quien se atreva a decir lo contrario está manifiestamente fuera del espíritu del Vaticano II y, por consiguiente, fuera de Cristo y de la Iglesia.

Veamos ahora, en una nueva conclusión, cuáles deben ser las principales características de una auténtica y verdadera devoción a María.

2.° La verdadera devoción a María ha de incluir, a la vez, la veneración, el amor, la gratitud, la invocación y la imitación de sus excelsas virtudes

Todos esos actos —como vamos a ver— corresponden a los más fundamentales dogmas y títulos marianos expresamente proclamados por la Iglesia o recomendados por su Magisterio oficial. La devoción verdadera ha de brotar siempre como flor bellísima del árbol dogmático. Por eso debemos a María:

a) Singular veneración, porque es la Madre de Dios.

b) Amor intensísimo, porque es nuestra Madre amantísima.

c) Profunda gratitud, porque es nuestra Corredentora.

d) Confiada invocación, porque es la Dispensadora universal de todas las gracias.

e) Imitación perfecta, porque es Modelo sublime de todas las virtudes.

Vamos a examinar cuidadosamente cada uno de estos diferentes aspectos.[7]

a) **Singular veneración**

Ante todo debemos tributar a la Virgen María una singular *veneración* por su dignidad excelsa de Madre de Dios. Esta dignidad incomparable es el fundamento principal del culto de *hiperdulía,* que corresponde exclusivamente a María precisamente por ser la Madre de Dios. Este culto de *hiperdulía* —como ya vimos más arriba— es específicamente distinto y muy superior al de simple *dulía,* que se debe a los santos, aunque muy inferior al de *latría* o adoración, que se debe exclusivamente a Dios.

La veneración es uno de los más típicos actos de culto, porque expresa del modo más evidente el reconocimiento de la superioridad de la persona venerada.

7. CF. ROSCHINI, *La Madre de Dios según la fe y la teología* (Madrid, 1955), vol. 2, pp. 293 ss. Con frecuencia trasladamos textualmente sus propias palabras.

El Evangelio nos transmite algunos ecos de la singular veneración con que debemos honrar a María. El ángel de la anunciación la saluda con grandísima reverencia al pronunciar aquellas sublimes palabras: *Ave, llena de gracia, el Señor es contigo* (Lc. 1, 28). Y poco después Santa Isabel, madre del Bautista, completa el elogio con su *¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!* (Lc. 1, 42), considerándose indigna de que la visite *la Madre de mi Señor* (Lc. 1, 43). También el Evangelio nos habla de aquella mujer anónima del pueblo que exclamó entusiasmada dirigiéndose a Jesús: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron* (Lc. 11, 27). Era el primer cumplimiento de la profecía hecha por la misma Virgen en su sublime cántico del *Magnificat:* «Por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc. 1, 48).

Esta veneración ha de ser, ante todo, espiritual e interior; pero ha de tener también sus manifestaciones exteriores brotadas del corazón. A imitación de los santos hemos de venerar y honrar las imágenes de María —no haciendo recaer nuestra devoción sobre la imagen misma, sino sobre lo que ella representa, o sea la misma Virgen María tal como está en el cielo—; hemos de bendecir su nombre dulcísimo, propagar por todas partes y por todos los medios a nuestro alcance su culto y veneración. La Iglesia en su liturgia no duda en exclamar refiriéndose a María: *Omni laude dignissima:* es dignísima de toda alabanza, por su dignidad incomparable de Madre de Dios.

No olvidemos nunca, finalmente, lo que ya hemos demostrado más arriba, a saber: que, honrando a María, honramos a Cristo, su divino Hijo, y cumplimos con ello perfectamente la voluntad de Dios. San Bernardo invita a los fieles a venerar a María en los siguientes términos: «Con todo el corazón y con todos nuestros afectos y deseos veneremos a María, porque ésta es la voluntad de Aquel *que ha querido que todo lo tuviéramos por medio de María*».[8]

b) **Amor intensísimo**

María no solamente es Madre de Dios, sino también dulcísima Madre nuestra, como vimos en su lugar correspondiente. Y si su maternidad divina nos obliga a honrarla y reverenciarla más que a todos los santos juntos, su maternidad espiritual sobre nosotros nos impulsa a amarla con un amor intensísimo, como corresponde a un hijo tiernamente enamorado de su madre.

También el amor es un acto de culto. Se ama, en efecto, lo que es amable, es decir, lo que se presenta revestido de bondad y de belleza. El amor, por tanto, incluye un expreso reconocimiento de las excelencias que resplandecen y hacen amable una persona.

Este culto de amor, más que un acto constitutivo o elemento integrante del culto mariano, es, puede decirse, el alma del mismo, o sea el principio motor de todos los demás actos de culto. Cuanto más amemos a nuestra Madre del cielo,

8. Cf. SAN BERNARDO, *In Nat. B. M. V.* 7: ML 183, 441.

tanto más sincera e intensamente se manifestarán los actos de veneración, de gratitud, de invocación y de imitación de sus excelsas virtudes.

Este culto de amor a María tiene su fundamento en la Sagrada Escritura, que manda honrar al padre y a la madre (Ex. 20, 12), y fue practicado con ternura filial por el mismo Cristo en la casita de Nazaret (cf. Lc. 2, 51). Pero el precepto de amar a María está escrito, además, en el corazón de todos los cristianos: «Abrid el corazón de los cristianos —decía bellísimamente el P. Faber— y encontraréis escrito el nombre de María».

Uno de los más fervientes devotos de María, San Antonio María Claret, escribió las siguientes palabras:[9]

«¿Quisiera tener todas las vidas de los santos y santas del cielo para amar a la Santísima Virgen con aquel amor perfectísimo y ardentísimo con que ellos la aman en la actualidad. Deseo con todo mi corazón que todos los reinos, provincias, ciudades y pueblos, con los hombres, mujeres, niños y niñas que están en ellos, conozcan, amén, sirvan y alaben a María Santísima con el fervor con que lo hacen los bienaventurados en el cielo. Deseo morir y derramar toda mi sangre por el amor y reverencia de la Madre de Dios; deseo que Jesús me conceda la gracia y la fuerza necesaria para que todos mis miembros sean atormentados y cortados unos tras otros por amor y reverencia, de María, Madre de Dios y Madre mía.»

Y el gran obispo norteamericano monseñor

9. CF. SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *La Inmaculada* (ed. Milán Ancora, 1943), p. 16.

Fulton Sheen escribe, no sin cierta ironía, contra los que tachan[10] de exagerado el amor de los católicos a María:

«Si la única acusación que nuestro Señor me hiciera el día del juicio fuese que había amado demasiado a su Madre, me sentiría entonces completamente feliz.»

Aquí sí que es cuestión de repetir sin miedo aquello de que *De María numquam satis:* nunca será excesivo el amor que profesemos a María, y nada podemos hacer que sea más grato a nuestro Señor que amar con inmensa ternura filial a Aquella que El mismo veneró y amó como a su Madre queridísima.

c) **Profunda gratitud**

La gratitud, como explica Santo Tomás, es la virtud que nos impulsa a dar lo que les es debido a nuestros bienhechores. Tiene tres grados: *reconocer* el beneficio con el pensamiento, *agradecerlo* con las palabras y *devolverlo* con las obras. El ingrato merece ser castigado con no recibir nuevos beneficios. Al bienhechor, en cuanto tal, se le debe honor y respeto, porque tiene razón de principio.[11]

Ahora bien, es un hecho que, después de Dios Creador y de Cristo Redentor, es María la más grande bienhechora de todo el género humano, sobre todo por su cualidad de Corredentora al pie

10. Cf. FULTON SHEEN, *La Madonna, p. 35. Cit. por* ROSCHINI, o. c., p. 327.
11. II-II 106, 1-4; 107, 1-4.

de la cruz de su Hijo. Luego a nadie, después de Dios y de Cristo, debemos un tributo de gratitud tan grande como a aquella que, a fuerza de dolores inefables, nos abrió con su divino Hijo crucificado las puertas del cielo, cerradas por el pecado.

En la Sagrada Escritura se nos inculca continuamente el deber de la gratitud por los beneficios recibidos de Dios. San Pablo les dice a los tesalonicenses: «Dad en todo gracias a Dios, porque tal es su voluntad en Cristo Jesús respecto de nosotros» (1 Tes. 5, 18). Y a los colosenses: «¡Sed agradecidos!» (Col. 3, 15). Y Jesús se lamentó de la ingratitud de nueve de los diez leprosos a quienes curó de su terrible enfermedad (cf. Lc. 17, 17-18).

Efectivamente, el deber de la gratitud es uno de los más descuidados. Continuando la proporción evangélica, quizá más de las nueve décimas partes de la humanidad viven olvidadas de los beneficios de Dios y de María. Por eso es de gran utilidad recordar con frecuencia este gran deber hacia Dios, hacia Cristo y hacia la Virgen María, nuestros más grandes bienhechores.

San Anselmo exalta con vigorosos acentos esta gratitud que debemos a nuestra sublime bienhechora, la Virgen María.[12]

«¿Qué diré? Se cansa la lengua porque la mente no lo alcanza. ¡Oh Señora! ¡Oh Señora mía! Todo mi interior se esfuerza en darte las gracias por tantos beneficios, y ni siquiera puedo imaginarlas dignas, y me avergüenza ofrecerlas indig-

12. Cf. SAN ANSELMO, *Or.* 52: ML 158, 953-57.

nas. Así, pues, ¿qué es lo que podré decir dignamente a la Madre de mi Creador y mi Salvador, por cuya santidad se limpian mis pecados, por cuya integridad se me concede la incorruptibilidad, por cuya virginidad mi alma es amada y está desposada con su Dios? ¿Acaso podré ser ingrato con Aquella por quien me vinieron gratuitamente tantos beneficios?... Pero, ¿por qué digo tan sólo que de tus beneficios está lleno el mundo? Penetran hasta en los infiernos y suben más arriba de los cielos... ¡Oh María! !Cuánto te debemos a ti, Señora y Madre, por quien tenemos tal Hermano! ¿Qué gracias y qué alabanzas podremos dedicarte?...»

De acuerdo con los tres grados de gratitud que expone Santo Tomás, hemos de mostrar a María nuestra gratitud *interiormente,* es decir, con el pensamiento, reconociendo los grandes e incalculables beneficios que se nos han derivado de sus inmensos dolores, que debiéramos llevar siempre grabados en el corazón. Tenemos que mostrarla nuestra gratitud también *externamente con palabras,* alabándola y dándole incesantemente las gracias, ya que, por mucho que se lo manifestemos, siempre quedará por encima de toda alabanza. Y tenemos, en fin, que mostrarnos agradecidos *externamente con las obras,* devolviéndole por sus beneficios algún obsequio y por sus sacrificios algún sacrificio; y, sobre todo, ofreciéndole nuestro corazón, que es la cosa más valiosa que poseemos y la que Ella espera principalmente de nosotros.

d) **Confiada invocación**

A la Virgen María, como Dispensadora de todas las gracias divinas, se le debe un culto de filial e ilimitada confianza. Debemos recurrir a ella e invocarla en toda necesidad espiritual o material, completamente seguros de que seremos siempre bien acogidos, e incluso escuchados, si la gracia solicitada es necesaria o conveniente para nuestra salvación.

El santo Evangelio, a pesar de facilitarnos tan escasas noticias sobre María, nos proporciona un sólido fundamento para apoyar en él nuestra omnímoda confianza en su poder de intercesión. En las bodas de Caná, en efecto, Jesucristo hizo el primer milagro convirtiendo el agua en vino a petición de su Madre santísima (cf. Jn. 2, 1-11). En ese emocionante episodio demostró María que «su piedad no sólo socorre a quien la invoca, sino que muchas veces se adelanta a la invocación».[13]

Escuchemos a Roschini razonando teológicamente la confianza ilimitada con que debemos invocar a María:[14]

«Debemos invocar a María, porque es muy digna de toda nuestra confianza, la más digna después de Dios. Una persona se gana toda nuestra confianza cuando reúne estas tres condiciones:

1. Cuando *sabe,* es decir, cuando conoce bien, comprende bien todas nuestras necesidades.
2. Cuando *puede* concedernos su ayuda.

13. Cf. DANTE ALIGHIERI, *La divina comedia,* Paraíso, 33, 16-19: Obras, ed. BAC (Madrid, 1956), p. 645.
14. Cf. I. c. pp. 350-51.

3. Cuando *quiere* de hecho ayudarnos.

Esta persona es precisamente María. Ella *sabe,* Ella *puede,* Ella *quiere* ayudarnos. Ella *sabe* ayudarnos, porque *nos ve* a todos en Dios; Ella *puede* ayudarnos, porque es *omnipotente* ante Dios; Ella *quiere* ayudarnos, porque *nos ama* en Dios. Ella, en otros términos, tiene la visión de todas y cada una de nuestras necesidades en su *inteligencia,* la compasión en el *corazón* y el poder en las *manos.*

a) María Santísima, en primer lugar, *sabe* ayudarnos, porque *nos ve* en Dios. El acto con el cual María, a la luz de la gloria, ve a Dios, es muy semejante al acto con el cual Dios se ve a Sí mismo. Dios, con el mismo, único, simplicísimo acto, ve su propia Esencia, y en su Esencia, todo lo que ésta representa o en ella se refleja como en un espejo purísimo. Dios, pues, ve en Sí mismo todas las cosas posibles y existentes, y las ve como son en sí, con toda su particularidad y circunstancias. Ahora bien, todas las almas admitidas a la visión intuitiva de Dios, contemplan a la luz divina a Dios, uno y trino, y en Dios conocen todo aquello que se refleja en la Esencia infinita y que de cualquier manera les puede interesar. Este conocimiento, que está en razón directa del *lumen gloriae,* pertenece a la plenitud de su felicidad y de la gloria.[15] Así, una madre que haya dejado a sus hijos huérfanos en el mundo, los ve en Dios y ve sus circunstancias, sus necesidades, el estado de su alma...

15. Cf. SANTO TOMAS, *In IV Sent.* dist. 45 q. 3 a. 1; S. TH., II-II 83, 4 ad 2.

Si todos los bienaventurados poseen esta visión de las cosas y de las personas que tienen con ellos alguna relación, mucho más, incomparablemente más la ha de tener la Virgen, y además en un grado correspondiente a su beatitud y a su oficio de Corredentora y de Madre. Ella, por tanto, tiene que ver en Dios todo aquello que le interese; por eso la Virgen Santísima, con la misma mirada en que ve la Esencia divina, nos ve en Ella a nosotros, hijos suyos; nos ve a todos y a cada uno en particular, y nos ve como somos, con nuestras buenas cualidades, con *nuestros defectos, con nuestras necesidades,* con nuestras penas... Es una visión clara, directa, distinta, que, si no iguala la visión de Dios, supera incomparablemente la visión de todos los ángeles y de todos los santos. Y si la Virgen Santísima ve en Dios todas nuestras miserias, todas nuestras necesidades, no hay duda de que nos *sabe* ayudar, dándonos los remedios oportunos, dispensándonos las gracias convenientes...

b) María Santísima, por otra parte, *puede* ayudarnos, ella es *omnipotente* ante Dios. Todos los Padres y doctores de la Iglesia forman un coro impresionante para engrandecer el poder de María y para proclamar todo lo que Dios puede con su mandato, María Santísima lo puede con su plegaria. Jesús y María son los dos omnipotentes, aunque con distinta clase de omnipotencia. Jesús lo es por naturaleza, María por gracia; Jesús por esencia, María por participación; Jesús por derecho, porque es Dios; María por privilegio, porque es Madre de Dios. Ella, en efecto, no ha perdido

nada de aquella dulce autoridad que le reconocía su Hijo en los días de su vida mortal. «Su palabra, siempre respetada, da al recuerdo de sus dolores una fuerza misteriosa que hace vibrar en el Corazón de Cristo todas las fibras del amor filial y le inclinan a una generosidad sin medida...».[16] La Virgen Santísima *puede,* por tanto, socorrernos.

c) María Santísima *quiere,* en fin, ayudarnos porque *nos ama* en Dios. Nos ama porque somos miembros del Cuerpo místico de Jesús, su Hijo. Nos ama porque es nuestra Madre, y nos ama —dice San Pedro Damiano—, «con un amor que no puede ser superado por ningún amor creado, ni destruido o impedido por ninguna de nuestras miserias o ingratitudes».[17] Ahora bien, si la Virgen nos ama tanto, es evidente que *quiere* ofrecernos su ayuda, porque amar es querer el bien de la persona amada. Es dignísima, por consiguiente, de que la invoquemos.

El *modo* como debemos invocar a María puede expresarse con dos palabras: *confianza ilimitada.* Debemos invocarla con *confianza,* porque —como ya hemos demostrado— reúne todas las condiciones para inspirarnos confianza. Y esta confianza ha de ser *ilimitada,* puesto que son ilimitados su poder y su bondad para cuidar de nosotros—.

e) **Imitación perfecta**

A la Virgen María, finalmente, se la debe un

16. MONSABRE, *Conf.* 50.
17. Cf. SAN PEDRO DAMIANO, *Serm. de Nativ. B. M. V.*

culto singular de *imitación* por ser modelo y ejemplar acabadísimo de todas las virtudes. Esta imitación consiste en reproducir en nuestra vida, con la mayor fidelidad que podamos, la vida de María: su modo de *pensar,* de *hablar* y de *obrar.* La imitación de una persona es ya un verdadero culto hacia ella, porque tomándola como modelo se viene a reconocer su excelencia y superioridad moral y nuestra sumisión a ella. Y esto es suficiente para salvar la noción de culto.

San Pablo, dirigiéndose a los primeros cristianos, a quienes había «engendrado en Cristo» con su predicación (cf. 1 Cor. 4, 15; Gál. 4, 19), les decía con ternura paternal: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11, 1). ¡Con cuánta mayor razón puede María volverse a sus hijos, a quienes engendró verdaderamente con inefables dolores al pie de la cruz, para repetirles las mismas palabras de San Pablo! Ella es, en efecto, «el rostro que más se asemeja a Cristo» (Dante). Basta abrir el Evangelio para ver los luminosos ejemplos de virtud que nos dejó, comenzando por el generosos *fiat* del día de la anunciación.

La imitación de María tiene una nota que la hace particularmente grata y amable. Consiste en que María es un modelo sublime, ciertamente, pero también perfectamente asequible y al alcance de todos. Escuchemos al inmortal Pontífice León XIII exponiendo este punto interesantísimo:[18]

18. Cf. LEÓN XIII, enc. *Magnae Dei Matris* (8-9-1892): *Doc, Mar.* n. 395 (cf. el texto latino).

«La bondad y la providencia divina nos ha dado en María un modelo de todas las virtudes aptísimo para nosotros. Al contemplarla a Ella y sus virtudes nos quedamos como deslumbrados por el fulgor de la majestad divina, sino que, animados con la unidad de la común naturaleza humana, nos sentimos arrastrados más confiadamente a su imitación. Si nos entregamos por completo a esta obra, conseguiremos ciertamente, con su poderosa ayuda, reproducir en nosotros, al menos, ciertos rasgos de su excelsa virtud y perfección, e imitando sobre todo aquella su total y admirable conformidad con la voluntad divina, podremos seguirla, sin duda, por el camino del cielo».

Insistiendo en estas mismas ideas, escribía años después San Pío X:[19]

«Todo el que quiera —¿quién no debe quererlo?— que su devoción a la Virgen sea perfecta y digna de ella, debe ir más lejos y tender con todos sus esfuerzos a la imitación de sus ejemplos. Es, en efecto, una ley establecida por Dios que todos los que deseen gozar de la eterna felicidad deben reproducir en sí, por una fiel imitación, la forma de la paciencia y de la santidad de Cristo (cf. Rom. 8, 29). Pero nuestra debilidad es tan grande que la sublimidad de este ejemplo nos desaliento fácilmente. Por eso la divina Providencia nos ha propuesto otro ejemplar o modelo que, estando tan cerca de Cristo como es posible a la humana naturaleza, se adapte mejor a nuestra miseria y

19. Cf. SAN PÍO X, enc. *Ad diem illum* (2-2-1904): *Doc. mar.* n. 492.

pobreza. Y éste no es otro que la Virgen Madre de Dios.»

Sin embargo, aunque es verdad que el auténtico culto de la Virgen no se pude concebir sin un cierto propósito o deseo de imitarla, no debe concluirse que los pecadores que gimen bajo el peso de su miseria no pueden ni deben invocarla. Al contrario, son ellos los que más necesitan recurrir a María, para salir del triste estado en que se encuentran. María no sólo es modelo sublime de todas las virtudes, sino también Abogada y Refugio de pecadores. Por consiguiente, en vez de alejar a los pobres pecadores del culto de la Virgen —bajo el pretexto de que no imitan sus virtudes—, es necesario alentarles y empujarles hacia Ella. Como explica el Doctor Angélico, aunque el pecador, mientras permenezca desposeído de la gracia de Dios, no puede *merecer* nada delante de Dios, puede, no obstante, *impetrar* de la misericordia de Dios las gracias necesarias para su conversión y salvación, si las pide con piedad y perseverancia,[20] sobre todo si pone por intercesora ante la divina clemencia a la dulcísima Corredentora de la humanidad. En este sentido escribió San Bernardo su bellísima oración «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!...», que a tantos pobres pecadores ha salvado.

Estos son los principales actos o elementos constitutivos de la verdadera devoción a María: veneración, amor, gratitud, invocación e imitación. Veamos ahora las características principales

20. Cf. II-II 83, 16.

que ha de revestir, en cualquier caso, la auténtica y verdadera devoción a María.

3.º La verdadera devoción a María ha de ser interior, tierna, santa, constante y desinteresada

Son las cinco condiciones que señala y expone San Luis María Grignion de Montfort en su admirable *Tratado de la verdadera devoción a María.* Trasladamos íntegramente sus propias palabras:[21]

a) Devoción interior

Ante todo, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *interior,* esto es, nace del espíritu y del corazón; y proviene de la estima que se hace de la Santísima Virgen, de la alta idea que uno se forma de su grandeza y de amor que se le profesa.

b) Devoción tierna

En segundo lugar, es *tierna,* es decir, llena de confianza en la Santísima Virgen, como la del niño en su cariñosa madre. Ella hace que el alma recurra a María en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu, con mucha sencillez, confianza y ternura; que implore la ayuda de su celestial Madre en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las cosas: en sus dudas, para ser en ellas esclarecida; en sus extravíos, para volver al buen

21. Cf. *Ver. dev.* n. 106-10, pp. 498-500.

camino; en sus tentaciones, para que María la sostenga; en sus debilidades, para que la fortifique, en sus caídas, para que la levante; en sus desalientos, para que le infunda ánimo; en sus escrúpulos, para que la libre de ellos; en sus cruces, trabajos y contratiempos de la vida, para que la consuele. Por último, en todos sus males de cuerpo y espíritu, María es su ordinario recurso, sin temor de importunar a esta tierna Madre y desagradar a Jesucristo.

c) **Devoción santa**

En tercer lugar, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *santa,* esto es, hace que el alma evite el pecado e imite las virtudes de la Santísima Virgen; pero de un modo particular su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación total, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angelical y su sabiduría divina, que son las diez principales virtudes de la Santísima Virgen.

d) **Devoción constante**

En cuarto lugar, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *constante;* consolida al alma en el bien y hace que no abandone fácilmente sus prácticas de devoción; le da ánimo para que se oponga al mundo en sus modas y en sus máximas; a la carne, en sus tedios y embates de sus pasiones, y al diablo en sus tentaciones; de modo

que una persona verdaderamente devota de la Virgen no es inconstante, melancólica, escrupulosa ni tímida. No quiere esto decir que no caiga ni experimente algún cambio en lo sensible de su devoción; sino que, si cae, se vuelve a levantar tendiendo la mano a su bondadosa Madre, y, si carece de gusto y de devoción sensible, no se desazona por ello; porque el justo y el devoto fiel de María vive de la fe de Jesús y de María y no de los sentimientos del cuerpo.

e) Devoción desinteresada

Finalmente, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *desinteresada,* es decir, que inspira al alma que no se busque a sí propia, sino sólo a Dios en su santísima madre. El verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o de interés, ni por su bien, ya temporal, ya eterno, del cuerpo o del alma, sino únicamente porque Ella merece ser servida, y Dios solo en Ella. Si ama a María, no es por los favores que ésta le concede o por los que de Ella espera recibir, sino únicamente porque Ella es amable. He aquí por qué la ama y la sirve con la misma fidelidad en sus contratiempos y sequedades que en las dulzuras y fervores sensibles; e igual amor le profesa en el Calvario que en las bodas de Caná. ¡Ah, cuán agradable y precioso a los ojos de Dios y de su Santísima Madre ha de ser el devoto de María que no se busca a sí mismo en ninguno de los servicios que le presta! Pero ¡cuán raro hoy en día es dar con un devoto así!»

3. La falsa devoción a María

En diametral contraste y oposición a estas características de la verdadera devoción a María, San Luis de Montfort expone los caracteres de la *falsa devoción* a la Virgen, que rechaza con gran energía y vigor. Es la propia de los devotos *críticos,* los *escrupulosos,* los *exteriores,* los *presuntuosos,* los *inconstantes,* los *hipócritas* y los *interesados.* Después de examinar detenidamente los rasgos de cada una de estas falsas devociones, resume el propio San Luis su pensamiento en el siguiente párrafo:[22]

«Guardémonos, pues, bien de pertenecer al número de los devotos *críticos,* que nada creen y todo lo censuran; al de los devotos *escrupulosos,* que temen ser demasiado devotos de María, por respeto a Jesucristo; al de los devotos *exteriores,* que hacen consistir toda su devoción en las prácticas exteriores; al de los devotos *presuntuosos,* que, bajo el pretexto de su falsa devoción a la Virgen, se encenagan en sus pecados; al de los devotos *inconstantes,* que, por ligereza, cambian sus prácticas de devoción o las abandonan completamente a la menor tentación; al de los devotos *hipócritas,* que ingresan en las cofradías y visten la librea de María para ser tenidos por buenos; y, en fin, al de los devotos *interesados,* que no recurren a la Santísima Virgen más que para que los libre de los males del cuerpo y les conceda otros bienes temporales.»

2. *Ver dev.* n. 104, p. 497.

CAPÍTULO III

NECESIDAD DE LA DEVOCION A MARIA

Después de haber establecido los principios fundamentales de la devoción a María, vamos a hablar ahora de su *necesidad,* tanto para la salvación como para la propia santificación. Expondremos por separado ambos aspectos.

1.º Necesidad de la devoción a María para la salvación

Ante todo es preciso distinguir cuidadosamente las diferentes clases de *necesidad* y los diversos *modos de devoción,* para resolver con acierto esta importante cuestión mariológica. El siguiente cuadro esquemático lo muestra con toda claridad y distinción:

La necesidad puede ser:

Absoluta, si no admite ninguna excepción (v. gr. la *gracia* para salvarse).

Hipotética, si depende de alguna condición (v. gr., de la libre disposición de Dios).

Universal, si afecta a todos los hombres del mundo sin excepción.

Particular, si solamente obliga a algunos, pero no a todos.

La devoción puede ser:

Explícita, si se manifiesta expresamente con sus actos propios.

Implícita, si está contenida indirectamente en otros actos.

Interpretativa, si no se la tiene, pero se la tendría si se advirtiera su necesidad.

Teniendo en cuenta estas distinciones, vamos a establecer la doctrina teológica sobre la necesidad de la devoción a María en unas conclusiones claras y sencillas.

1.ª La necesidad de la devoción a María para salvarse no es absoluta, sino hipotética, o sea, por haberlo dispuesto Dios así. (Completamente cierta.)

Escuchemos a San Luis María Grignion de Montfort exponiendo esta doctrina con su claridad, devoción y maestría acostumbradas:[1]

«Confieso con toda la Iglesia que, no siendo María sino una pura criatura salida de las manos del Altísimo, comparada con su Majestad infinita, es menos que un átomo, o más bien, es nada, porque *sólo es Aquel que es* (cf. Ex. 3,14), y, por consiguiente, que este gran Señor, siempre independiente y suficiente en sí mismo, jamás ha tenido ni tiene, aun ahora, en absoluto necesidad de la Santísima Virgen para cumplir su voluntad y manifestar su gloria, puesto que a Él le basta querer para hacer las cosas.

1. Cf. *Ver dev.* n. 14, p. 445.

Digo, sin embargo, que, supuestas las cosas como son, habiendo querido Dios comenzar y acabar sus mayores obras por la Santísima Virgen desde que la formó, hemos de creer que no cambiará su conducta en los siglos de los siglos, porque es Dios y no puede variar en sus sentencias ni en su proceder.»

A continuación muestra San Luis de qué manera quiso Dios servirse de María para la grandiosa obra de la Encarnación del Verbo, que significaba la salvación para todo el género humano. y de qué manera las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad la llenaron de toda clase de gracias y bendiciones. Y a renglón seguido escribe:[2]

«La conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad han observado en la Encarnación y en la primera venida de Jesucristo, la siguen todos los días de una manera invisible en la santa Iglesia y la seguirán hasta la consumación de los siglos en la última venida de Jesucristo.

Dios Padre reunió en un lugar todas las aguas y las llamó mar: reunió en otro todas las gracias y las llamó María. Este gran Señor tiene un tesoro o almacén riquísimo, en donde ha encerrado todo lo que hay de más bello, brillante, raro y precioso, incluso su propio Hijo; y este tesoro inmenso no es otro que María, a quien los santos llaman el Tesoro de Dios, de cuya plenitud son enriquecidos los hombres.

Dios Hijo ha comunicado a su Madre todo lo que Él adquirió mediante su vida y su muerte, sus

2. Cf. *Ver. dev.* n. 22-25, pp. 448-49.

méritos infinitos y sus virtudes admirables, haciéndola tesorera de cuanto su Padre le dio en herencia; por Ella aplica sus méritos a sus miembros, les comunica sus virtudes y distribuye sus gracias. Ella es el canal misterioso, el acueducto por donde Él hace pasar dulce y abundantemente sus misericordias.

Dios Espíritu Santo ha comunicado a María, su fiel esposa, sus dones inefables, escogiéndola por dispensadora de todo lo que Él posee; en forma que Ella distribuye a quien Ella quiere, cuanto Ella quiere, como Ella quiere y cuando Ella quiere, todos sus dones y sus gracias, y no se concede a los hombres don alguno del cielo que no pase por sus virginales manos. Porque tal ha sido la voluntad de Dios, quien ha querido que nosotros lo tuviésemos todo por María, ya que así será enriquecida, ensalzada y honrada del Altísimo la que se empobreció, humilló y ocultó hasta el fondo de la nada, por su profunda humildad, durante toda su vida. Estos son los sentimientos de la Iglesia y de los Santos Padres.»

Y después de extenderse en párrafos admirables, que es preciso leer y saborear directamente, saca San Luis María la siguiente conclusión:[3]

«Debemos concluir que, como la Santísima Virgen ha sido necesaria a Dios con una necesidad que llamamos hipotética, en consecuencia de su voluntad, Ella es aún más necesaria a los hombres para llegar a su último fin. La devoción a María no debe confundirse con la devoción a los

3. Cf. *Ver. dev.* n. 39-41, pp.456-60.

santos, como si no nos fuera más necesaria y sí sólo de supererogación.

El docto y piadoso Suárez, de la Compañía de Jesús: el sabio y devoto Justo Lipsio, doctø de Lovaina, y otros varios han probado de una manera irrefutable, apoyándose en el sentir de los Padres —entre otros, de San Agustín, San Efrén, diácono de Edesa; San Cirilo de Jerusalén, San Germán de Constantinopla, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino, Santo Tomás y San Buenaventura— que la devoción a la Santísima Virgen es necesaria para la salvación; y que es una señal infalible de reprobación... el no tener estima y amor a la Santísima Virgen, así, como, por el contrario, es un signo infalible de predestinación el entregársele y serle devoto entera y verdaderamente.

Las figuras y las palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento lo prueban; los sentimientos y los ejemplos de los santos lo confirman; la razón y la experiencia lo enseñan y demuestran... De todos los pasajes de los Santos Padres y Doctores, de los que tengo hecha una extensa colección para probar esta verdad, sólo traeré uno, a fin de no ser más difuso: «El ser devoto tuyo, ¡oh María! —dice San Juan Damasceno—, es un arma de salvación que Dios concede a aquellos que quiere salvar».

No pensemos que todo esto son piadosas exageraciones de un santo locamente enamorado de María. Las razones que expone resisten perfectamente la crítica teológica más severa y exigente. El mismo magisterio de la Iglesia se ha pronun-

ciado reiteradamente en este mismo sentido. Prescindiendo de los innumerables textos pontificios que podríamos citar desde los más remotos tiempos, en nuestros mismos días el concilio Vaticano II ha proclamado explícitamente el *influjo salvífico* de María sobre todos los hombres, por haberlo dispuesto Dios así en plena dependencia de los méritos de Cristo. He aquí las palabras mismas del concilio:[4]

«Todo el *influjo salvífico* de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino *del divino beneplácito,* y de la superabundancia de los *méritos de Cristo;* se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y lejos de impedir la unión inmediata con Cristo, la fomenta».

Y un poco más adelante afirma expresamente el concilio:

«Asunta a los cielos, no ha dejado *esta misión salvadora,* sino que con su múltiple intercesión continúa obteniédonos *los dones de la salvación eterna.* Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad *hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada*».

El llorado Pontífice Juan XXIII, en conformidad con estas ideas, escribió las siguientes terminantes palabras:[5]

4. Cf. CONCILIO VATICANO II, const. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, n. 60.

5. «In salutis discrimen se sinit adduci, qui, huius saeculi iactatus procellis, opiferam eius (Mariae) manum renuit» (JUAN XXIII, epist. *Aetate hac mostra,* 27-6-1959).

«Quien, agitado por las borrascas de este mundo, rehusa asirse a la mano auxiliadora de María, pone en peligro su salvación.»

Y Pablo VI ha afirmado expresamente que la Virgen María —lo mismo que la Iglesia— desempeña una función *esencial* en los designios salvíficos de Dios a través de Cristo. He aquí sus propias palabras:[6]

«María y la Iglesia son realidades *esencialmente insertas en el designio de la salvación,* que se nos ofrece a través del único principio de gracia y del único Mediador entre Dios y los hombres que es Cristo. *¡Esencialmente!*»

Comentando estas terminantes palabras de Pablo VI, escribe con acierto un teólogo contemporáneo:[7]

«Sería inútil objetar contra estas afirmaciones que Dios no necesita de María y que la fuente de donde mana toda gracia salvífica es Cristo. Porque al exaltar la dignidad de María no pretendemos convertirla en una necesidad *que se impone a Dios,* ni hacer de Ella un medio de salvación aislado de Cristo. Simplemente afirmamos que *Dios dispuso las cosas así;* que es Él quien quiso atribuir a la Santísima Virgen una «superlativa función» en el orden de la gracia y que la atribución hecha por Dios nos señala a nosotros un camino que no tenemos derecho a cambiar por nuestra

6. PABLO VI, alocución en la audiencia general del 27 de mayo de 1964. Cf. «Ecclesia» del 6 de junio, P. 768.

7. Cf. P. ARMANDO BANDERA, O.P., *La Iglesia, misterio de comunión en el corazón del concilio Vaticano II* (Salamanca, 1965). pp. 33-34.

cuenta. Además, las pretendidas objeciones, no obstante haber sido repetidas muchas veces, carecen en absoluto de valor. ¿Acaso cuando decimos que la Iglesia es necesaria para salvarse, afirmamos que la Iglesia sea una necesidad *impuesta a Dios* y que nos administra una salvación distinta de la de Cristo? Simplemente decimos que Dios quiso salvarnos en Cristo mediante la Iglesia, que el mismo Cristo instituyó para este fin. Pero como el hombre no puede salvarse sino entrando en el plan de Dios, la Iglesia es *para el hombre,* no para Dios, una necesidad en el esfuerzo por conseguir su salvación.

La necesidad de recurrir a la Santísima Virgen en reconocimiento de la función *esencial* que Dios le asignó, es análoga a la necesidad de pertenecer a la Iglesia. Pero dentro de la analogía debemos anotar una diferencia importante. La necesidad de someterse a la acción mariana no deriva de la necesidad de pertenecer a la Iglesia, sino a la inversa; es decir, Dios dispuso que la Iglesia sea necesaria en dependencia primaria de Cristo y, subordinadamente a Cristo, en dependencia también de María. De manera que la acción mariana se sitúa en un nivel superior a la Iglesia, pero inferior a Cristo y totalmente dependiente de Cristo.»

Avancemos ahora un poco más, precisando a quiénes afecta y de qué manera la devoción a María en orden a su salvación eterna. Lo expresa con toda claridad la siguiente conclusión:

2.ª La necesidad de la devoción a María para salvarse no afecta por igual a todos los hombres del mundo. Obliga de una manera explícita a los que conocen a María y saben que es necesaria su devoción para salvarse. Los demás pueden salvarse con una devoción implícita e incluso interpretativa. (Completamente cierta).

Esta doctrina no admite la menor duda. Si la devoción a María fuera necesaria de una manera *formal y explícita* para la salvación, la inmensa mayoría de los hombres quedarían absolutamente privados de la posibilidad de salvarse, puesto que dos terceras partes de la humanidad no son cristianos y muchos de ellos ni siquiera han oído hablar jamás de María. Ahora bien: consta expresamente en la divina revelación que «Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim. 2,4), y la Iglesia enseña que «Dios no manda nunca imposibles, sino que, al mandar una cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos» (D 804).

Por otra parte, la necesidad de la devoción a María —como hemos visto en la conclusión anterior— es análoga a la necesidad de pertenecer a la Iglesia. Ahora bien: el concilio Vaticano II expone claramente esta necesidad y quiénes son los que *no pueden salvarse* en el siguiente texto de la constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia (n. 14):

«No podrían salvarse aquellos hombres que, *conociendo que la Iglesia católica fue instituida*.

por Dios a través de Jesucristo como necesaria, sin embargo, se negaran a entrar o perseverar en ella.»

De modo que los que *ignoran inculpablemente* (v. gr., porque nadie les ha hablado jamás de eso) que la Iglesia católica fue instituida por Dios a través de Cristo como necesaria para la salvación, pueden salvarse de todos modos si cumplen la ley natural que les dicta su conciencia y hacen lo que pueden con la ayuda de la *gracia actual* que Dios no niega nunca a ningún hombre de buena voluntad. Sin saberlo, pertenecen al *corazón* de la Iglesia y se salvarán *en ella y por ella,* ya que ella es el *sacramento universal* instituido por Cristo para la salvación de los hombres. Escuchemos al propio concilio proclamando esta doctrina un poco más abajo del texto que acabamos de citar (n. 16):

«Quienes, *ignorando sin culpa* el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan *bajo el influjo de la gracia,* en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes *sin culpa* no han llegado todavía a un conocimiento *expreso* de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, *no sin la gracia de Dios.*»

Aplicando estos principios a la devoción a María —cuya necesidad, como vimos, es análoga a la de pertenecer a la Iglesia— hay que decir que los que ignoran *inculpablemente* la existencia de

María o la necesidad de profesarle una devoción *expresa,* pueden salvarse de todos modos si cumplen —bajo el influjo de la gracia de Dios— la ley natural que les dicta su recta conciencia. Con ello, aun ignorándolo, honran a María —Mediadora universal de todas la gracias— de una manera *implícita* o, al menos, *interpretativa;* lo cual es suficiente para ellos, imposibilitados como están para el ejercicio expreso de una devoción que ignoran. Estos tales se salvarán únicamente *por Cristo* —único nombre que se nos ha dado para salvarnos (cf. Act. 4, 12)—, pero *a través de María y de la Iglesia,* por haberlo determinado libremente el mismo Dios así.

Lo cual no es obstáculo para que la Iglesia sienta verdaderas ansias misioneras y se esfuerce por todos los medios a su alcance en dilatar por el mundo entero el conocimiento de Cristo y de su Evangelio, puesto que recibió el mandato expreso del mismo Cristo de ir por el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc. 16, 15) y es obligatorio para todos los hombres del mundo su plena y expresa incorporación a la Iglesia de Cristo, en cuanto la conozcan como *sacramento universal de salvación* para todo el género humano por expresa voluntad de Dios.

2.º Necesidad de la devoción a María para la santificación

Si la devoción a María es necesaria para la salvación de todo aquel que conoce o sabe esta necesidad, lo es mucho más todavía para los que

aspiran a santificarse. Escuchemos sobre este nuevo aspecto a San Luis María Grignion de Montfort:[8]

«Si la devoción a la Santísima Virgen es necesaria a todos los hombres para conseguir simplemente su salvación, lo es mucho más todavía a los que se sienten llamados a una perfección particular; y no creo yo que persona alguna pueda adquirir una unión íntima con Nuestro Señor y una fidelidad perfecta al Espíritu Santo sin una estrechísima unión con María y una gran dependencia de su socorro.

Sólo María es la que ha hallado gracia ante Dios sin el auxilio de ninguna otra pura criatura. Sólo por medio de Ella han hallado gracia ante Dios cuantos después de Ella la han hallado, y sólo por Ella la obtendrán cuantos en lo sucesivo la han de hallar. Ella estaba llena de gracia cuando la saludó el arcángel San Gabriel, y quedó sobreabundantemente llena de gracia cuando el Espíritu Santo la cubrió con su sombra inefable: y de tal manera ha aumentado Ella de día en día y de momento en momento esta doble plenitud, que se ha elevado a un grado de gracia inmensa e inconcecible; en forma que el Altísimo la ha hecho tesorera única de sus riquezas y dispensadora singular de sus gracias para ennoblecer, levantar y enriquecer a quien Ella quiere; para hacer caminar por la estrecha senda del cielo a quien Ella quiere; para permitir, a pesar de todos los obstáculos la entrada por la angosta puerta de la vida a quien Ella quiere, y para dar

8. Cf. *Ver. dev:* n. 43-46, pp. 462-63.

el trono, el cetro y la corona de rey a quien Ella quiere. Jesús, en todas partes y siempre, es el fruto y el Hijo de María; y María es, en todo lugar y tiempo, el árbol verdadero que contiene el fruto de la vida y la verdadera Madre que lo produce.

Sólo María es a quien Dios ha confiado las llaves de las bodegas del amor divino y el poder de entrar y de hacer entrar a los otros en las vías más sublimes y secretas de la perfección. Ella sola es la que permite la entrada en el paraíso terrestre a los miserables hijos de la Eva infiel, para pasearse en él agradablemente con Dios, para ocultarse con seguridad de sus enemigos, para alimentarse deliciosamente, sin temer nunca a la muerte, del fruto de los árboles de la vida y de la ciencia del bien y del mal, y para beber a grandes sorbos las aguas celestes de esta hermosa fuente que allí salta en abundancia: o más bien, Ella misma es ese paraíso terrestre o esa tierra virgen y bendita de la que fueron despedidos Adán y Eva pecadores. Ella no da la entrada en sí misma más que a aquellos y a aquellas a quienes le place, para hacerlos santos».

En otra de sus obras —la titulada *El secreto de María*— expone San Luis María más extensamente el papel excepcional de la Virgen en nuestra santificación.[9] Es preciso leer y meditar directamente aquellas preciosas páginas, que no nos es posible trasladar íntegramente aquí, Pero vamos a ofrecer al lector el hermoso símil del *mol-*

9. Cf. *El secreto de María:* BAC, «Obras de San Luis María Grignion de Montfort» (Madrid, 1954), pp. 268 ss.

de, que se ha hecho clásico entre los fervientes devotos de María.[10]

«Molde viviente de Dios, *forma Dei,* llama San Agustín a María, y en efecto lo es. Quiero decir que en Ella sola se formó Dios *hombre* al natural, sin que rasgo alguno de divinidad le faltara, y en Ella sola también puede formarse el hombre en Dios al natural, en cuanto es capaz de ello la naturaleza humana con la gracia de Jesucristo.

De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato. Primera, con fuerza y saber y buenos instrumentos puede labrar la figura en materia dura e informe. Segunda: puede vaciarla en un molde. Largo, difícil, expuesto a muchos tropiezos es el primer modo: un golpe mal dado de cincel o de martillo basta a veces para echarlo todo a perder. *Pronto, fácil y suave* es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente al natural la figura, con tal que la materia de que nos servimos sea manejable y de ningún modo resista a la mano.

El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo para formar al natural un Dios-hombre por la *unión hipostática,* y para formar un hombre-Dios por la *gracia,* es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde. Cualquiera que se meta en él y *se deje manejar,* recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios. Y esto de manera *suave* y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de ma-

10. Ibid., pp. 274-76.

nera *segura* y sin miedo de ilusiones, que no tiene parte aquí el demonio, ni tendrá jamás entrada donde esté María: de manera, en fin, *santa e inmaculada,* sin la menor mancilla de culpa.

¡Oh alma querida, cuánto va del alma formada en Jesucristo por los medios ordinarios, que, como los escultores, se fía de su pericia y se apoya en su industria, al alma bien tratable, bien desligada, bien fundida, que, sin estribar en sí, se mete dentro de María y se deja manejar allí por la acción del Espíritu Santo! ¡Cuántas tachas, cuántos defectos, cuántas tinieblas, cuántas ilusiones, cuánto de natural y humano hay en la primera! Y la segunda, ¡cuán *pura es y divina y semejante* a Jesucristo!

No hay ni habrá jamás criatura, sin exceptuar a los bienaventurados, querubines y serafines más altos del cielo, en quien Dios muestre tanto sus perfecciones internas y externas como en la divina María. María es el paraíso de Dios y su mundo inefable, donde el Hijo de Dios entró para hacer maravillas, para guardarle y tener en él sus complacencias. Un mundo ha hecho para el hombre peregrino, que es la tierra que habitamos; otro mundo para el hombre bienaventurado, que es el paraíso; mas *para sí mismo ha hecho otro mundo y lo ha llamado María.* Mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo.

Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien abre este huerto cerrado para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque

el agua viva de la gracia y beba en larga vena de su corriente. Esta alma no hallará sino a Dios solo, sin las criaturas, en esta amabilísima criatura; pero a Dios, al par que infinitamente santo y sublime, infinitamente condescendiente y al alcance de nuestra debilidad. Puesto que en todas partes está Dios, en todas, hasta en los infiernos, se le puede hallar. Pero no hay sitio en que pueda encontrarle la criatura tan cerca y tan al alcance de su debilidad como en María, *pues para eso bajó a Ella.* En todas partes es el pan de los fuertes y de los ángeles, pero en María es el pan de los niños.

Nadie, pues, se imagine, como ciertos falsos iluminados, que María, por ser criatura, es impedimiento para la unión con el Creador. No es ya María quien vive: es Jesucristo solo, es Dios solo quien viven en Ella. La transformación de María en Dios excede a la de San Pablo y otros santos más que el cielo se levanta sobre la tierra. Sólo para Dios nació María, y tan lejos está de retener en sí a las almas, que, por el contrario, hace que remonten hasta Dios su vuelo, y tanto más perfectamente las une con Él cuanto con Ella están más unidas.»

Quede, pues sentado que la devoción tierna y entrañable a María no solamente es necesaria para la santificación, sino que es el camino más corto y expedito para remontarse en poco tiempo hasta las cumbres más altas de la unión con Dios.

CAPÍTULO IV

LA PERFECTA CONSAGRACION A MARIA

La devoción a María —cuya naturaleza y necesidad hemos expuesto en los capítulos anteriores— se manifiesta o puede manifestarse con multitud de prácticas interiores y exteriores. San Luis María señala algunas de ellas en su famoso *Tratado:*

«Las cuales —dice— sirven maravillosamente para santificar a las almas, con tal que se practiquen como es debido, esto es:

1.° Con buena y recta intención de agradar a Dios solo; de unirse a Jesucristo, como a su fin último, y de edificar al prójimo.

2.° Con atención, sin distracciones voluntarias.

3.° Con devoción, sin apresuramiento ni negligencia.

4.° Con modestia y compostura de cuerpo respetuosa y edificante» (n. 115-17).

1. Excelencia de la perfecta consagración

Pero más que a la *multitud* de las devociones marianas importa, sobre todo, atender a su *calidad.* Porque es evidente que existen muy diversos grados de perfección *objetiva,* independientemente de la mayor o menor intensidad *subjetiva* con que se practiquen tales devociones.

Ahora bien, entre todas las formas *objetivas* de devoción a María ocupa el primer lugar de perfección la *perfecta consagración a ella* en alma y cuerpo, ya sea en calidad de *esclavo,* considerándola como Reina *(esclavitud mariana),* o en calidad de *hijo* si se prefiere considerarla como Madre *(piedad filial mariana).*

Estamos plenamente convencidos de que este capítulo es uno de los más importantes de nuestra humilde obra en el orden *práctico y santificador.* Lo estaba también San Luis María, cuya sublime doctrina vamos a exponer ampliamente en las páginas siguientes. Véase con qué acentos de entrañable ternura y profundísima humildad expone el santo su ardiente deseo de encender en todos los corazónes el amor profundísimo a María que consumía el suyo:[1]

«¡Oh!, por cuán bien empleado daría yo mi trabajo si este humilde escrito, cayendo en manos de un alma bien nacida, nacida de Dios y de María y no de la sangre ni de la voluntad del hombre (cf. Jn. 1, 13), le descubriera e inspirase, por la gracia del Espíritu Santo, la excelencia y el valor de la verdadera y sólida devoción a la Santísima Virgen, que ahora mismo voy a describir! Si yo supiese que mi sangre pudiera servir para que en los corazones entrasen las verdades que escribo en honor de mi querida Madre y soberana Señora, el último de cuyos hijos y esclavo soy, con ella, en lugar de tinta, escribiría estas líneas, en la esperanza que abrigo de hallar almas generosas que, por su fidelidad a la práctica que

1. *Ver. dev.* n. 112, p. 500.

enseño, resarcirán a mi querida Madre y Señora de las pérdidas que Ella experimenta por mi ingratitud y mis infidelidades.»

Y un poco más adelante afirma San Luis que no ha conocido práctica más excelente que la que va a exponer, y que solamente la captarán en toda su grandeza las almas destinadas por Dios a una santidad eximia en Cristo Jesús. He aquí sus propias palabras:[2]

«Después de esto, protesto con toda claridad que, aunque he leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la Madre de Dios y he conversado familiarmente con las personas más sabias y santas de estos últimos tiempos, no he conocido ni aprendido práctica de devoción a María semejante a la que voy a explicar, la cual exija de un alma más sacrificios por Dios, que la vacíe de un modo más completo de sí misma y de su amor propio, que la conserve más fielmente en la gracia y a la gracia en ella, que la una más perfecta y fácilmente a Jesucristo y, finalmente, que sea más gloriosa a Dios, más santificante para el alma y más útil para el prójimo.

Como lo esencial de esta devoción consiste en el interior, que ella debe formar, no será comprendida igualmente por todos: algunos se detendrán en lo que tiene de exterior y no irán más adelante, y éstos serán el mayor número; otros, en número reducido, penetrarán en su interior, pero sólo subirán el primer grado. ¿Quién subirá al segundo? ¿Quién llegará hasta el tercero? ¿Quién, en fin, vivirá en él habitualmente? Sólo

2. Ibid., n. 118-19, p. 504.

aquel a quien el espíritu de Jesucristo revele este secreto, y conduzca allí, por sí mismo, a su alma fidelísima, para hacerla progresar de virtud en virtud, de gracia en gracia y de luz en luz, a fin de llegar hasta la transformación de sí misma en Jesucristo y a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.»

San Luis María no explica cuáles sean esos tres grados de perfección en la práctica de la consagración o entrega total a María que va a enseñar. Pero sus mejores comentadores los hacen coincidir —no sin verdadero fundamento— con las distintas disposiciones subjetivas con que las almas viven esa consagración según el estado en que se encuentren de acuerdo con las tres vías clásicas de la vida espiritual: *purgativa, iluminativa* y *unitiva.*[3] Como quiera que sea, es evidente que en una misma devoción caben muy distintos grados de *intensidad* al practicarla.

2. ¿Esclavitud mariana o piedad filial?

Esta devoción perfectísima a María consiste —como ya hemos dicho— en consagrarse para siempre y por entero a María en calidad de *esclavo,* como Reina, o en calidad de *hijo,* como Madre.

Los autores, en general, suelen distinguir entre el método de *esclavitud mariana* y el de *piedad filial mariana,* como si fueran dos métodos real-

3. Así lo hace, p. eje., el P. LHOUMEAU, C. M., en su preciosa obra *Le vie spirituelle à l'école de Saint Louis Marie Grignion de Montfort* (Bruges 1954), p. 4, c. 3.

mente distintos. Pero, en realidad, son tantas las coincidencias entre ambos métodos que, como dice muy bien un excelente expositor de la llamada *piedad filial mariana:*
«al hacer suyo, en cierta ocasión, un acto de consagración a María del P. Gallifet, autor esclavista, conserva el P. Chaminade —fundador de los marianistas y principal propulsor de la *piedad filial mariana*— todo el texto de la oración, pero reemplaza cuidadosamente la expresión *esclavo* por la de *hijo*».[4]

En este sentido, y puesto que coinciden substancialmente ambos métodos, nosotros vamos a refundir en una sola la doctrina de la *perfecta consagración a María,* tal como la expone San Luis María Grignion de Montfort, dejando a la particular devoción de cada uno el hacerla en calidad de *esclavo,* como Reina, o en calidad de *hijo,* como Madre. Es más: creemos que pueden abrazarse *simultáneamente* ambos aspectos, ya que ambos son verdaderos a la vez. Los que se entreguen a María Reina como *esclavos,* no por eso dejarán de ser *hijos* de María Madre; y los que prefieren destacar este segundo aspecto, entregándose a María como Madre, no por eso dejarán de ser esclavos de ellla como Reina. ¿Por qué separar en la devoción subjetiva ambos aspectos, que se compaginan tan perfectamente en la objetiva realidad?

Se ha querido establecer una diferencia entre ambos métodos, en el sentido de que el de la es-

4. Cf. P. FÉLIX FERNÁNDEZ, S. M., *La piedad final mariana* (Madrid, 1954), p. 120.

clavitud montfortiana tendría como finalidad la *santificación personal* del consagrado, mientras que la piedad filial mariana se orientaría, además, al *apostolado.*[5] Pero esta orientación apostólica no está excluida en el sistema montfortiano, sino proclamada también expresamente.[6] Hacemos completamente nuestras las siguientes serenas reflexiones del P. Neubert, insigne propagandista de la *piedad filial mariana,* después de estudiar las diferencias entre ambos métodos:

«Con todo, estas diferencias no son irreductibles. Si el santo insiste tanto sobre la palabra *esclavo,* casi siempre añade a ella la palabra *hijo;* así también, si llama a María Soberana, Reina o Dueña, le da todavía con mayor frecuencia el nombre de Madre. Hasta es Grignion de Montfort, entre los autores del siglo XVII, quien mejor ha explicado y con la mayor claridad la maternidad espiritual de María para con nosotros. Los hijos de la Virgen se hacen esclavos suyos, pero es para mostrarse más generosos, más amantes, y, por lo mismo, para ser con más verdad hijos suyos. La esclavitud que él predica pudiera casi decirse que es una esclavitud filial, si ambos términos pudieran acoplarse. Por su intención, Montfort se aproxima a la concepción del P. Chaminade.

Otro tanto se puede decir de sus miras sobre el apostolado de los esclavos de María. Después

5. NEUBERT, S. M., *Nuestra piedad filial mariana* (Madrid, 1962), p. 98.
6. Cf. *Ver dev.,* n. 55-59.
7. NEUBERT, o. c., pp. 103-104.

de sentar la doctrina de la misión apostólica de María en el mundo, en particular en lo siglos venideros, no podía menos de hallar como la cosa más natural el que todos ellos se preocuparan del apostolado si las condiciones sociales permitiesen a los simples fieles entregarse a él y, con mayor razón, si les invitaban a ello. Si hubiera escrito su pequeño tratado en estos tiempos de la Acción Católica, no cabe duda que hubiera impuesto a cada uno de ellos la obligación de alistarse entre sus más ardorosos militantes o dirigentes.

Y es un hecho que varias asociaciones apostólicas del siglo XX se inspiran en sus ideas. Sus discípulos de la hora presente han dado realidad a lo que en germen contenía el mensaje del santo, y esta realidad tiene muchos puntos de contacto con las realizaciones del P. Chaminade en lo que se refiere a la piedad filial y al celo mariano. Y esto es verdad, particularmente si se habla de la más perfecta de las organizaciones apostólicas laicales que se prevalen de San Luis María Grignion de Montfort: la Legión de María. El fundador de la Legión, Francisco Duft, desconocía totalmente la doctrina y hasta el nombre del P. Chaminade cuando, el 7 de septiembre de 1921, reunía a los primeros legionarios de Dublín. Cuando tuvo conocimiento de ella, declaró en uno de los números de la revista «Mariae Legionis» que la Legión lo mismo podría empalmar con la doctrina marianista que con la doctrina montfortiana, y decía en particular del "Pequeño tratado de Mariología" del P. Schellhorn "que era la expre-

sión más perfecta de la doctrina legionaria que jamás había encontrado".

Parécenos, pues lícito concluir que la doctrina de San Luis Grignion de Montfort es como un presentimiento de la del P. Chaminade y que la esclavitud de amor se orienta hacia la piedad filial apostólica a imitación de Cristo.»

Vamos, pues, a recoger ampliamente el maravilloso mensaje de San Luis María, bien convencidos de que puede servir, casi por igual, al método de *esclavitud,* al de *piedad filial mariana* y al moderno movimiento apostólico de la *Legión de María.* San Luis nos va a decir cuál es la *finalidad* de la perfecta consagración a María, *en qué consiste* exactamente, cuáles son los principales *motivos* que deben impulsarnos a adoptar sin vacilar esta práctica perfectísima de devoción a María, y cuáles son, finalmente, los maravillosos *frutos* o *efectos*[8] que de ella se derivan.

3. Finalidad de la perfecta consagración a María

La finalidad de la perfecta consagración a María coincide con la finalidad misma de la vida cristiana: nuestra perfecta configuración con Jesucristo. No podía ser de otra manera, ya que María no solamente no constituye un obstáculo,

8. Una justificación teológica de la perfecta consagración a María y de su gran eficacia santificadora puede verse en el artículo del P. BANDERA, O. P., *La consagración a la Santísima Virgen y el establecimiento de su reinado,* publicado en la revista *Teología Espiritual,* n. 7 (enero-abril, 1959).

sino que, por el contrario, es el camino más corto y expeditivo para llegar a Jesús y por El al Padre. Lo ha dispuesto Dios así, y yerran profundamente los que tratan de prescindir de María para ir directamente —como dicen— a Cristo Redentor, apartándose con ello de la voluntad del mismo Dios, «pues ésta es la voluntad del que quiso que todas las cosas las tuviésemos por María».[9] Escuchemos a San Luis María:[10]

«Como quiera que toda nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de las devociones es, sin duda alguna, la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas las devociones, la que más conforma y consagra un alma a Jesucristo es la devoción a María, su santísima Madre, y que cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen tanto más lo estará a Jesucristo. He aquí por qué la más perfecta consagración a Jesucristo no es otra cosa que una perfecta y entera consagración de sí mismo a la Santísima Virgen; y ésta es la devoción que yo enseño, o, con otras palabras, una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo.»

San Luis María insiste continuamente en to-

9. Cf. Pío IX, enc. *Ubi primum* (2-2-49): *Doc. mar.* n. 260. Lo mismo enseñan SAN PÍO XI *(Doc. mar.* n. 531 y PÍO XII *(Doc. mar.* n. 784); y lo habían dicho ya muchos Santos Padres, principalmente San Anselmo y San Bernardo.

10. Cf. *Ver. dev.* n. 120, pp. 505-506.

das sus obras en que la finalidad última de nuestra devoción y consagración a María ha de ser siempre la de llegar con mayor facilidad a Cristo y por El al Padre. Con ello se oponía con todas sus fuerzas al funesto error jansenista, que tantos estragos produjo, apartando de María a los fieles con el pretexto de llevarles directamente a Jesucristo, como si fuera posible ir a El por un camino más corto y recto que por María.

4. En qué consiste la perfecta consagración a María

Lo explica ampliamente San Luis María en el *Tratado*[11] y lo resume admirablemente en su pequeño pero áureo opúsculo *El secreto de María.* He aquí lo que dice en este último:[12]

«Consiste en darse por entero, como esclavo, a María y a Jesús por Ella, y, además en hacer todas las cosas por María, con María, en María y para cosas por María, con María, en María y para María».

Son dos los aspectos fundamentales de esta consagración: el *darse* por entero a María en calidad de *esclavo* (o de *hijo,* si se prefiere así) y el llevar en adelante una verdadera *vida mariana,* haciendo todas las cosas por María, con María, en María y para María. Vamos a explicar ampliamente ambas cosas siguiendo la doctrina de San Luis de Montfort.

11. Cf. *Ver dev.* n. 121 ss.
12. Cf. *El secreto de María:* Obras (ed. BAC), n. 28, p. 279.

1.° La entrega total a María:[13]

«Hay que escoger un día señalado para entregarse, consagrarse y sacrificarse; y esto ha de ser voluntariamente y por amor, sin encogimiento, por entero y sin reserva alguna: cuerpo y alma, bienes exteriores y fortuna, como casa, familia, rentas; bienes interiores del alma, a saber: sus méritos, gracias, virtudes y satisfacciones.[14]

Es preciso notar aquí que con esta devoción se inmola el alma a Jesús por María, con un sacrificio, que ni en orden religiosa alguna se exige, de todo cuanto el alma más aprecia y del derecho que cada cual tiene para disponer a su arbitrio del valor de todas sus oraciones y satisfacciones; de suerte que todo se deja a disposición de la Virgen Santísima, que, a voluntad suya, lo aplicará para la mayor gloria de Dios, que sólo ella perfectamente conoce.

María viene a ser señora del valor de nuestras obras. A disposición suya se deja todo el valor *satisfactorio* e *impetratorio* de las buenas obras. Así que, después de la oblación que de ellas se ha hecho, aunque sin voto alguno, de nada de

13. *El secreto de María*, n. 29-34, pp. 279-81.

14. Se ve por estas explicaciones a cuánto se extiende esta consagración, que llamó el Santo renovación perfecta de las promesas del bautismo. Renovamos, efectivamente, por medio de María, nuestra donación a Cristo nuestro Señor. Notemos que, abandonando a la Virgen Santísima el valor de nuestras buenas obras, damos a esta consagración, salvo el voto y sus consecuencias, la importancia y el mérito del *acto heroico* (P. LHOUMEAU).

cuanto bueno hace es ya uno dueño; la Virgen Santísima puede aplicarlo, ya a un alma del purgatorio, para aliviarla o libertarla, ya a un pobre pecador para convertirle.

También nuestros *méritos* los ponemos con esta devoción en manos de la Virgen Santísima; pero es para que nos los guarde, aumente y embellezca, puesto que ni los méritos de la gracia santificante ni los de la gloria podemos unos a otros comunicarlos. Dámosle, sin embargo, todas nuestras oraciones y obras buenas, en cuanto son *satisfactorias* e *impetratorias,* para que las distribuya y aplique a quien le plazca. Y si, después de estar así consagrados a la Santísima Virgen, deseamos aliviar a alguna alma del purgatorio, salvar a algún pecador, sostener a alguno de nuestros amigos con nuestras oraciones, mortificaciones, limosnas, sacrificios, preciso es pedírselo humildemente a Ella y estar a lo que determine, aunque no lo conozcamos, bien persuadidos de que el valor de nuestras acciones, administrado por las manos mismas de que Dios se sirve para distribuirnos sus gracias y dones, no podrá menos de aplicarse a la mayor gloria suya.

Tres suertes de esclavitud: la esclavitud de amor es la más perfecta consagración a Dios. He dicho que consistía esta devoción en entregarse a María en calidad de esclavo, y es de notar que hay tres clases de esclavitud. La primera es esclavitud de *naturaleza:* buenos y malos son de esta manera siervos de Dios. La segunda es esclavitud *forzada:* los demonios y los condenados son de este modo esclavos de Dios. La tercera es escla-

vitud de *amor* y voluntaria, y con ésta debemos consagrarnos a Dios por medio de María del modo más perfecto con que puede una criatura consagrarse a su Creador.

Diferencia entre criado y esclavo. Notad, además, que de criado a esclavo hay mucha diferencia. El criado pide paga por sus servicios; el esclavo, no. El criado está siempre libre para dejar a su señor cuando quiera, y no le sirve sino a plazos; el esclavo no puede dejarle sin faltar a la justicia, pues se le ha entregado para siempre. El criado no da a su señor derecho de vida y muerte sobre su persona; el esclavo se le entrega por completo, de suerte que su señor pudiera hacerle morir sin que la justicia le inquietara. Pero fácilmente se echa de ver que el esclavo forzado vive en sujeción más estrecha, tal que *no puede propiamente convenir a un hombre sino con respecto a su Creador.* Por eso, entre los cristianos no hay tales esclavos; sólo entre los idólatras los hay así.

Dicha de las almas esclavas de amor. «¡Feliz y mil veces feliz el alma generosa que, esclava del amor, se consagra enteramente a Jesús por María; después de haber sacudido en el bautismo la esclavitud del demonio!»

Por esta admirable descripción que acaba de hacer San Luis de la perfecta consagración a María, comprenderá fácilmente el lector que no se trata de una devoción más entre tantas como se pueden practicar en honor de la Virgen: es la más importante y trascendental de todas ellas. No se trata de recitar un «acto de consagración» como

se recita una fórmula cualquiera de piedad, sin más complicaciones. *Se trata de dar a toda nuestra vida cristiana un giro y matiz eminentemente mariano, con el fin de vivirla con mayor perfección e intensidad.* Es una especie de «profesión mariana» (a semejanza de la profesión en una orden religiosa), que deja grabada su impronta en el alma para toda la vida. En adelante, el alma que de esta forma se ha entregado a María no puede disponer de nada suyo *sin permiso de María,* puesto que todo se lo ha entregado a ella. Claro está que esta licencia ha de ser presunta e interpretativa, ya que no podemos pretender que María se nos aparezca visiblemente para darnos su licencia expresa o formal. El alma puede, por ejemplo, pedir a Dios o a los santos alguna gracia concreta y determinada, aplicar sufragios por una determinada alma, etc., pero siempre en el supuesto de que todo esto sea grato a María, a quien se ha constituido voluntariamente dueña y señora de todo lo nuestro. Este acto de entrega tiene, por lo mismo, enorme trascendencia para toda la vida, y no habría comprendido su verdadero significado y alcance quien lo hiciera ligeramente, como el que reza una oración cualquiera. Es un acto heroico, sublime, de amor a María, y quien lo hace con toda su alma y con todas sus consecuencias queda como *sellado, marcado,* por decirlo así, para toda su vida con un sello mariano especialísimo, de manera semejante al que hace su profesión en una orden religiosa, aunque —como es evidente— sin que imprima *carácter* en el alma, como lo imprimen algunos sacramentos.

Hay que advertir, sin embargo, que esta perfecta consagración no requiere necesariamente que se haga en forma de *voto*. Podría hacerse con voto, si se quiere hacerla así, y ello aumentaría todavía más su ya enorme valor meritorio. Pero de ordinario no es preciso hacerla con voto: basta una seria voluntad y determinación de permanecer fiel a ella, con ayuda de la gracia de Dios obtenida por María, hasta el último suspiro y aún más allá de esta vida.

2.° La verdadera vida mariana

El *acto* de consagración o entrega total y absoluta a María constituye —como hemos dicho— el primer aspecto de esta admirable consagración. De suyo, dicho *acto* se hace de una vez para siempre, aunque es muy conveniente renovarlo con frecuencia, incluso diariamente, para grabarlo cada vez más profundamente en el alma. Pero más importante todavía que ese acto es la *vida mariana* que debe llevar el que se entregó de esa manera total a María. Esta vida mariana consiste en hacer todas las cosas *con María, en María, por María y para María.*

San Luis María explica en el *Tratado* estos cuatro aspectos que constituyen la vida mariana.[15] Ante la imposibilidad de recoger aquí su admirable exposición —que hay que leer y meditar profundamente—, nos limitamos al siguiente brevísimo resumen que el mismo San Luis hace en su

15. *Cf. Ver. dev.*, n. 257-65, pp. 578-84.

preciosa obrita *El secreto de María.* He aquí sus propias palabras:[16]

«He dicho, además, que esta devoción consiste en hacer todas las cosas *con María, en María, por María y para María.* No basta entregarse por esclavo a María una vez sola, ni aun es bastante hacerlo todos los meses o todas las semanas. Devoción harto pasajera sería ésta, que no llevaría al alma a la perfección a que, si bien se practica, la puede levantar. No es muy difícil alistarse en una cofradía ni aun abrazar esta devoción y rezar diariamente algunas oraciones prescritas; lo difícil es entrar en el espíritu de ella, *que es hacer que el alma en su interior depende y sea esclava de la Santísima Virgen y de Jesús por ella.* Muchas personas he hallado que con admirable entusiasmo se han sometido a tan santas esclavitudes *exteriormente;* pero muy pocas que hayan cogido el espíritu de esta devoción, y menos todavía que hayan perseverado en él.

a) **Obrar con María**

La práctica esencial de esta devoción consiste en hacer todas las acciones *con María;* es decir, tomar a la Virgen Santísima *por modelo acabado* en todo lo que se ha de hacer.

Por eso, antes de hacer cualquier cosa hay que despojarse de sí mismo y de sus mejores modos de ver; hay que anonadarse delante de Dios, como

16. Cf. *El secreto de María,* n. 43-49, pp. 284-87.

quien de su cosecha es incapaz de todo bien sobrenatural y de toda acción útil para la vida eterna. Hay que recurrir a la Virgen Santísima y *unirse a sus intenciones,* aunque no se conozcan. Hay que unirse por María *a las intenciones de Jesucristo,* es decir, ponerse en manos de la Virgen Santísima *como instrumento suyo* para que ella obre en nosotros y haga de nosotros lo que bien le parezca para gloria de su Hijo Jesucristo y para gloria del Padre; de suerte que no haya vida interior ni operación del espíritu que de ella no dependan.

b) **Obrar en María**

Hay que hacer todas las cosas *en María;* es decir, que hay que irse acostumbrando a recogerse dentro de sí mismo para formar un pequeño esbozo o retrato espiritual de la Santísima Virgen. Ella será para el alma *oratorio* en que dirija a Dios sus plegarias sin temor de ser desechadas; *torre de David,* para ponerse en refugio contra los enemigos; *lámpara encendida,* para alumbrar las entrañas del alma y abrasarla en amor divino; *cámara sagrada,* para ver a Dios en ella y con ella. María, en fin; será únicamente para esta alma su recurso universal y su todo. Si ruega, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada comunión, le meterá en María para que allí tenga El sus complacencias. Si algo hace, será en María; y en todas partes y en todo hará actos de desasimiento de sí misma.

c) **Obrar por María**

Jamás hay que acudir a nuestro Señor sino por medio de María, por su intención y su crédito para con El, de suerte que nunca le hallemos solo cuando vayamos a pedirle.

d) **Obrar para María**

Finalmente, hay que hacer todas las acciones *para María;* es decir, que, como esclavos que somos de esta augusta Princesa, no trabajemos más que para ella, para su provecho y gloria como *fin próximo* y para gloria de Dios como *fin último y supremo.* Debe esta alma en todo lo que hace renunciar al amor propio, que casi siempre, aun sin darse cuenta, se toma a sí mismo por fin, y repetir muchas veces en el fondo del corazón: «Por Vos, mi amada Señora, hago esto o aquello, voy acá o allá, sufro tal pena o tal injuria».

Después de esta admirable descripción hecha por el propio San Luis, no puede quedarle a nadie la menor duda sobre el verdadero sentido y alcance de la perfecta consagración a María en calidad de *esclavo,* como Reina, o en calidad de *hijo,* como Madre. Es todo un método de santificación, un sistema especial de *vivir la vida cristiana con un sentido profundamente mariano hasta nuestra perfecta configuración con Jesucristo.* El santo insiste repetidas veces en que este camino es el más *fácil,* el más *corto,* el más *perfec-*

to y el más *seguro* para llegar a la cumbre de la perfección cristiana, que consiste esencialmente en nuestra perfecta transformación en Jesucristo, o sea en convertirse en *otro Cristo* que vaya por el mundo «haciendo bien» (cf. Act. 10, 38) y continuando su obra redentora para gloria del Padre y salvación de las almas.

Expuesta ya la naturaleza de la perfecta consagración a María en calidad de esclavo o de hijo, veamos ahora cuáles son los principales *motivos* que deben impulsarnos a abrazar sin vacilar esta práctica perfectísima de devoción a María, que tan poderosamente puede influir en nuestra propia santificación. San Luis María los expone largamente con su piedad y unción acostumbradas; pero, ante la imposibilidad de recoger por entero su admirable doctrina, ofrecemos a continuación un breve resumen de la misma —recogiendo sus principales párrafos—, que no dispensa de la lectura directa del texto íntegro del santo.

5. Motivos par consagrarse plenamente a María

Según el propio San Luis, los principales son los siguientes:[17]

1.° Porque nos consagra por entero al servicio de Dios

Esta consagración —en efecto— «nos hace, sin reserva, dar a Jesús y a María todos nuestros pen-

17. Cf. *Ver. dev.*, n. 134-82, pp. 513-41; *El secreto de María*, n. 35-42, pp. 281-84.

samientos, palabras, acciones y sufrimientos y todos los momentos de nuestra vida. De modo que ya velemos, ya durmamos; ora bebamos, ora comamos; bien realicemos las más grandes acciones, bien hagamos las más pequeñas, siempre podremos decir con verdad que lo que hacemos, aun cuando no pensemos en ello, es siempre de Jesús y de María en virtud de nuestro ofrecimiento, a menos que lo hayamos expresamente retractado. ¡Qué consuelo!»

2.° Porque con ella imitamos el ejemplo de Jesucristo, de toda la Santísima Trinidad y practicamos en grado excelente la virtud de la humildad

a) El ejemplo de Jesucristo, que no desdeñó encerrarse nueve meses en el seno purísimo de María «como un cautivo y esclavo de amor, y de estarle sometido y obediente durante treinta años» en la casita de Nazaret (cf. Lc. 2, 51).

b) El ejemplo de toda la Santísima Trinidad. El Padre no nos dio a su Hijo sino por ella, y no nos comunica sus gracias sino por medio de ella. El Hijo no vino a nosotros sino a través de ella, y no forma a los miembros de su Cuerpo místico más que por ella. El Espíritu Santo no dispensa sus dones y favores si no es por ella.

c) Nos hace practicar en grado excelente la virtud de la humildad, pues considerándonos indignos de comparecer delante de Dios —como el publicano del Evangelio (cf. Lc. 18, 13)—, no nos atrevemos a presentarnos ante El, a pesar de ser

tan dulce y misericordioso, sino a través de su Madre santísima, que es también nuestra Madre.

3.° Porque nos atrae el amor y los servicios especialísimos de María

a) Nos atrae el amor de María. «La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia y que jamás se deja vencer en amor y liberalidad, viendo que alguien se da del todo a ella para honrarla y servirla, despojándose de cuanto tiene de más querido para adornarla a ella, se da también totalmente y de una manera inefable a aquel que se le entrega todo. Ella le hace sumergirse en el abismo de sus gracias; ella lo adorna con sus méritos; ella lo apoya con su poder; ella lo esclarece con su luz; ella lo abrasa con su amor; ella le comunica sus virtudes: su humildad, su fe, su pureza, etc.; ella se hace su fiadora, su suplemento y su querido todo para con Jesús. Por último, como esta persona consagrada pertenece toda María, María también pertenece toda a ella, de modo que de este perfecto siervo e hijo de María podemos decir lo que San Juan Evangelista dijo de sí: que tomó a la Santísima Virgen por tosos sus bienes: *Accepit eam discipulus in sua* (Jn. 19, 27).

Esto es lo que produce en su alma, si él es fiel: una gran desconfianza, desprecio y aborrecimiento de sí mismo y una gran confianza y entrega en manos de la Santísima Virgen, su bondadosa Señora, y hace que ya no se apoye, como antes, en sus disposiciones, intenciones, méritos,

virtudes y buenas obras, porque, habiendo hecho de todo esto un entero sacrificio a Jesucristo por medio de esta buena Madre, no le resta más que un tesoro en donde están todos sus bienes, el cual ya no lo tiene en sí, y este tesoro es María.»

b) María purifica nuestras buenas obras, las embellece y las hace aceptas a su Hijo. Como quiera que mediante esta práctica damos al Señor, por las manos de su santísima Madre, todas nuestras buenas obras, esta buena Señora las purifica, las embellece y hace que su hijo las acepte.

1) *Ella las purifica* de toda inmundicia del amor propio y del apego imperceptible a la criatura que se deslizan insensiblemente en las mejores acciones. Desde que estas nuestras obras las ponemos en sus manos purísimas y fecundas, estas mismas manos, que nunca han sido estériles ni ociosas y que todo lo que tocan lo purifican, quitan del obsequio que le hacemos todo lo que en él puede haber de dañado e imperfecto.

2) *Ella las embellece,* adornándolas con sus méritos y virtudes. Es como si, queriendo un labrador ganar la amistad y la benevolencia del rey, acudiera a la reina y le presentase una manzana, que es todo lo que él posee, para que ella le ofreciera al rey. La reina, después de aceptar este humilde regalito del labrador, colocaría esta manzana en medio de un grande y hermoso plato de oro y de esta forma la presentaría al rey en nombre del labrador, y así esta manzana, aunque indigna por sí misma de ser ofrecida al rey, se convertiría en un regalo digno de su majestad en

atención al plato de oro en que iba y a la persona que la entregaba.

3) *Ella presenta a Jesucristo estas buenas obras* porque, definitivamente, no guarda para sí nada de lo que se le presenta, sino que lo envía todo a Jesucristo con fidelidad. Si algo le damos, lo damos a Jesús; si la alabamos, si la glorificamos, inmediatamente ella alaba y glorifica a Jesucristo. Ahora, lo mismo que en otro tiempo, cuando Santa Isabel la alabó, canta cuando se la alaba y bendice: *Magnificat anima mea Dominum* (Lc. 1, 46).

Ella procura que Jesús acepte estas buenas obras, por pequeño y pobre que sea el obsequio para este Santo de los santos y este Rey de reyes... El no atiende tanto a lo que le damos como a la cariñosa Madre que se lo presenta; no considera tanto de dónde viene este presente como a aquella por la cual le viene. Así, pues, María, que jamás ha sido rechazada y siempre ha sido bien recibida por su Hijo, hace que su Majestad acepte con agrado todo cuanto ella le presente, ya sea cosa pequeña o grande: basta que María la presente para que Jesús la reciba y la apruebe. Este es el gran consejo que San Bernardo daba a todos aquellos y aquellas que conducía a la perfección: «Cuando queráis ofrecer algo a Dios, procurad ofrecerlo por las manos agradabilísimas y dignísimas de María si no queréis ser rechazados».

4.° Porque es un medio excelente para procurar la mayor gloria de Dios

«Esta devoción, practicada con fidelidad, es medio excelente para obrar de manera que el valor de todas nuestras buenas obras sea empleado en la mayor gloria de Dios. Casi nadie obra por este fin tan noble a pesar de que a ello estamos obligados, bien porque no sabemos dónde está la mayor gloria de Dios, bien porque no la deseamos. Pero como la Santísima Virgen, a quien cedemos el valor y el mérito de nuestras buenas obras, conoce perfectísimamente dónde está la mayor gloria de Dios y no hace otra cosa más que procurarla, el perfecto siervo de esta Señora, que totalmente se ha consagrado a ella, según ya hemos dicho, puede decir sin temor que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras se emplean en la mayor gloria de Dios, a menos que revoque expresamente su ofrenda. ¿Se puede hallar algo más consolador para un alma que ama a Dios con amor puro y desinteresado y que antepone la gloria e intereses del Señor a los suyos propios?»

5.° Porque conduce a la perfecta unión con Cristo

En efecto: la perfecta consagración a María es el camino más *fácil,* más *corto,* más *perfecto* y más *seguro* para llegar a la íntima unión con Jesucristo:

a) Camino más fácil, porque «es el camino que Jesucristo ha abierto viniendo a nosotros y

en el que no hay obstáculo alguno para llegar a El». La unción del Espíritu Santo lo hace fácil y ligero, a pesar de las cruces y tribulaciones, que son inevitables en esta pobre vida.

b) Camino más corto, «ya porque en él no se extravía nadie, ya porque por él se anda con más alegría y facilidad y, por consiguiente, con más prontitud... En el seno de María es donde los jovencitos se convierten en ancianos por la luz, por la santidad, por la experiencia y por la sabiduría, y llega en pocos años a la plenitud de la edad de Jesucristo».

c) Camino más perfecto, porque María «es la más santa y la más perfecta de las puras criaturas, y Jesucristo, que ha venido de la manera más perfecta a nosotros, no ha tomado otro camino en tan grande y admirable viaje».

d) Camino más seguro, «porque el oficio de María es conducirnos con toda seguridad a su Hijo, así como el de Jesucristo es llevarnos con seguridad a su Eterno Padre». La dulce Madre de Jesús repite siempre a sus verdaderos devotos las palabras que pronunció en las bodas de Caná, enseñándonos a todos el camino que conduce a la perfección: *Haced todo lo que El os diga* (Jn. 2, 5).

Por eso, «una de las razones por que tan pocas almas llegan a la plenitud de la edad de Jesucristo es porque María, que ahora, como siempre, es la Madre de Jesucristo y la Esposa fecunda del Espíritu Santo, no está bastante formada en sus corazones. Quien desee tener el fruto maduro y bien formado debe tener el árbol que lo produce; quien desee tener el fruto de la vida, Jesu-

cristo, debe tener el árbol de la vida, que es María: Quien desee tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener a su Esposa fiel e indisoluble, la divina María, que le da fertilidad y fecundidad».

6.ª Porque nos da una gran libertad de espíritu

«Esta devoción da a los que la practican fielmente una gran libertad interior, que es la libertad de los hijos de Dios (cf. Roma. 8, 21). Porque, como quiera que por esta devoción nos hacemos esclavos de Jesucristo, consagrándoselo todo a El en calidad de tales, este generoso Dueño, en recompensa de la cautividad amorosa a que nos sometemos:

1.º Quita de nuestra alma todo escrúpulo o temor servil, que sólo es capaz de estrecharla, cautivarla y embrollarla.

2.° Ensancha nuestro corazón por medio de una segunda confianza en Dios, haciéndole que lo mire como a su Padre.

3.° Nos inspira un amor tierno y filial».

Por donde se ve que la *esclavitud* de amor propugnada por San Luis María coincide sustancialmente —como no podía menos de ser así— con la más tierna y entrañable *piedad filial.* Son dos aspectos de una misma e idéntica realidad, que se completan y perfeccionan mutuamente.

7.° Porque procura grandes bienes al prójimo

«Hay otra razón que nos debe inducir a abrazar esta práctica, y son los grandes bienes que de

ella conseguirá nuestro prójimo. Por ella, en efecto, se ejerce para con él la caridad de una manera eminente, pues se le da, por el intermedio de las manos de María, todo lo que se tiene de más caro, que es el valor satisfactorio e impetratorio de todas las buenas obras, sin exceptuar el menor pensamiento bueno y el menor sufrimiento; consiéntese en que todas las satisfacciones que se han adquirido y las que hasta la muerte se adquirirán se empleen, según la voluntad de la Santísima Virgen, o en la conversión de los pecadores, o en librar a las almas del purgatorio.

Y ¿no es esto, acaso, amor al prójimo con la mayor perfección posible? ¿No es esto ser verdaderamente discípulo de Jesucristo, al cual se le reconoce por la caridad? ¿No es éste el medio de convertir a los pecadores sin temor de envanecerse, y de librar a las almas del purgatorio casi sin hacer, podemos decir, otra cosa que lo que cada uno está obligado a hacer según su estado?

Para comprender la excelencia de este motivo será preciso conocer cuán gran bien supone el convertir a un pecador o librar a un alma del purgatorio: bien infinito, mayor que el crear el cielo y la tierra, pues se da a un alma la posesión de Dios. Aun cuando, por esta práctica, en toda nuestra vida sólo sacáramos un alma del purgatorio, o sólo consiguiéramos la conversión de un pecador, ¿acaso no sería esto bastante para inducir a todo hombre verdaderamente caritativo a abrazarla?

Pero debemos reparar en que nuestras buenas obras, al pasar por las manos de María, reciben

un aumento de pureza, y, por consiguiente, de mérito y de valor satisfactorio e impetratorio, por lo cual se hacen mucho más capaces de aliviar a las almas del purgatorio y convertir a los pecadores que si no pasaran por estas manos virginales y liberales de María. Lo poquito que se da por medio de la Santísima Virgen, sin propia voluntad y por caridad muy desinteresada, se convierte realmente en un bien todopoderoso para aplacar la cólera de Dios y atraer su misericordia, y quizás a la hora de la muerte se verá que una persona muy fiel a esta práctica habrá, por este medio, librado a muchas almas del purgatorio y convertido a muchos pecadores, a pesar de que no haya hecho más que cosas bastante ordinarias de por sí. ¡Qué alegría para esta alma en el juicio! ¡Qué gloria en la eternidad!»

8. ° Porque es un medio admirable de perseverancia

«Por último, lo que nos induce más poderosamente, en cierto modo, a esta devoción de la Santísima Virgen es el ser un medio admirable para perseverar en la virtud y ser fiel. Porque ¿cuál es la causa de que no sean duraderas la mayor parte de las conversiones de pecadores? ¿De dónde proviene el que la mayor parte de los justos, en vez de adelantar de virtud en virtud y de adquirir nuevas gracias, pierdan frecuentemente las pocas virtudes y gracias que poseen? Esta desgracia procede, según arriba he demostrado, de que, estando el hombre tan corrompido, siendo tan débil e inconstante, se fía de sí mismo, se apoya en

sus propias fuerzas y se cree capaz de guardar el tesoro de sus gracias, de sus virtudes y de sus méritos.

Por esta devoción se confía a la Santísima Virgen, que es fiel, todo lo que se posee, se la toma por depositaria universal de todos los bienes de naturaleza y de gracia. Entonces fiamos en su fidelidad, nos apoyamos en su poder y nos fundamos en su misericordia y caridad, a fin de que Ella conserve y aumente nuestras virtudes y méritos, pese al diablo, al mundo y a la carne, que hacen grandes esfuerzos para quitárnoslos. Le decimos, como el buen hijo a su madre y el servidor a su señora: «Depositum custodi» (1 Tim. 6, 20). Madre y Señora mía amabilísima, reconozco que hasta ahora he recibido a Dios, por vuestra intercesión, más gracias que merezco, y que la triste experiencia me enseña que llevo este tesoro en un vaso muy frágil y que yo soy muy débil y muy miserable para conservarlo en mí mismo: concededme la gracia de recibir en depósito todo lo que yo poseo y conservádmelo por vuestra fidelidad y vuestro poder. Si vos me guardáis, nada perderé; si vos me sostenéis, no caeré; si vos me protegéis, estaré a salvo de mis enemigos.»

Al terminar la magnífica exposición de los motivos que deben impulsarnos a abrazar esta práctica de la perfecta consagración a María, escribe San Luis las siguientes palabras, que no han perdido ni perderán nunca su palpitante actualidad[18]

18. Cf. *Ver. dev.*, n. 180, p. 540.

«Si algún crítico que esto lea cree que hablo aquí con exageración, es que no me entiende, ya porque es hombre carnal, que no gusta para nada de las cosas del espíritu, ya porque es del mundo, el cual no puede recibir el Espíritu Santo, o ya también porque es orgulloso y crítico, que condena o desprecia todo lo que no entiende. Pero las almas que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios y de María, me comprenden y me gustan, y para ellas es para quienes escribo esto.»

6.° Frutos de la perfecta consagración a María

Se comprende fácilmente, después de todo lo que acabamos de decir, que la perfecta consagración a María, en calidad de *esclavo* o de *hijo,* ha de producir maravillosos frutos de santificación. San Luis María señala los siguientes, que son, sin duda alguna, los principales:[19]

1.° Perfecto conocimiento y desprecio de sí mismo (profunda humildad).

2.° Gracia del puro amor, que excluye todo temor servil.

3.° Confianza grandísima en Dios y en María.

4.° Comunicación íntima del alma y del espíritu de María.

5.° Transformación mística del alma en María a imagen de Cristo Jesús.

19. Cif. ibid., n. 213-25, pp. 556-63; *El secreto de María,* n. 53-57, pp. 288-89.

6.° La mayor gloria que podemos tributar a Jesucristo.

Es preciso leer íntegramente el texto insustituible del santo. Quien lo lea y medite con un corazón sincero y dócil, no podrá menos de entusiasmarse ante tanta grandeza y tomará la determinación de lanzarse sin vacilar por ese camino, que le conducirá, si permanece fiel a él, hasta las cumbres más altas de la perfecta unión con Dios.

CAPÍTULO V

LA DEVOCION A MARIA, LA PREDESTINACION Y LA PERSEVERANCIA FINAL

Vamos a abordar en este capítulo uno de los temas más sugestivos y consoladores en torno al gran problema de nuestra salvación eterna: la verdadera devoción a María es una de las señales más claras e inequívocas de pertenecer al número de los predestinados y uno de los medios más eficaces para obtener de Dios el gran don de la perseverancia final, conectada infaliblemente con la salvación eterna.

Para proceder con claridad y precisión teológica, dividiremos el capítulo en los siguientes puntos:

1. La divina predestinación.
2. La perseverancia final.
3. La devoción a María, señal de predestinación.
4. La devoción a María y la perseverancia final.

1. La divina predestinación

Nos apresuramos a decir que no vamos a entrar aquí en las disputas seculares que dividen en este punto a las grandes escuelas teológicas.[1]

1. El lector que desee una amplia información sobre el problema de la predestinación en sus diferentes aspectos, puede consultar nuestro libro *Dios y su obra:* BAC (Madrid, 1963), n. 185-237.

Es preciso confesar que el problema de la divina predestinación no ha logrado aclararlo del todo ninguna escuela teológica hasta hoy, y creemos firmemente que no se aclarará jamás acá en la tierra. El enigma indescifrable de la concordia entre la gracia eficaz y la libertad creada, entre la soberana independencia e iniciativa divina y la cooperación voluntaria del hombre, solamente aparece radiante de luz y claridad ante los ojos de los bienaventurados en la visión beatífica. Los que vivimos todavía acá en la tierra tenemos que contentarnos con adorar el misterio sin tratar de descifrarlo, lo que sería vano empeño y loca temeridad.

Pero, sea cual fuera el enfoque que se le dé al formidable problema o la escuela teológica a que se pertenezca, todos los teólogos católicos están completamente de acuerdo en los siguientes puntos, que pertenecen expresamente a la fe católica o son doctrina cierta y común en teología, y son más que suficientes para que cada uno trabaje con seriedad en la salvación de su alma, sin preocuparse demasiado de cómo haya de resolverse el problema de la predestinación:

1.° Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven. Consta expresamente en la Sagrada Escritura (1 Tim. 2, 3-4).

2.°. En su consecuencia, Cristo murió por todos los hombres sin excepción. Consta también en la Sagrada Escritura (2 Cor. 5, 15) y ha sido expresamente definido por la Iglesia (D 1096).

3.° En virtud de su voluntad salvífica y en atención a los méritos de Cristo Redentor, Dios

ofrece siempre a todos los hombres las gracias necesarias y suficientes para que de hecho puedan salvarse si quieren (cf. D 827).

4.° «Que algunos hayan sido predestinados al mal por el divino poder, no sólo no lo creemos, sino que, si hubiere algunos que quieran creer tanta maldad, con toda repulsión les anatematizamos» (D 200).

5.° «Que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden» (D 318).

6.° «Ni los malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino *porque no quisieron ser buenos* y por su culpa permanecieron en la masa de condenación» (D 321).

7.° «Porque Dios no manda cosas imposibles a nadie, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos y nos ayuda para que podamos» (D 804).

¿Qué más se puede pedir sabiendo con certeza infalible todo esto? ¿Ver las cosas del todo claras? Esto está reservado para el día de las supremas revelaciones. Mientras tanto, *con temor y temblor trabajad por vuestra salud* (Flp. 2, 12), sabiendo que, sea cualfuere la solución del problema de la divina predestinación, la salvación eterna está al alcance de cada uno, y por parte de Dios no quedará.

2. La perseverancia final

La perseverancia final es un gran don de Dios, que hace coincidir el estado de gracia con el ins-

tante mismo de la muerte. Significa sencillamente *morir en gracia de Dios.* Forma parte de la divina predestinación, como acto *elícito* en la misma.[2] Por lo mismo, todos los predestinados recibirán de Dios, infaliblemente, el gran don de la perseverancia final, puesto que una cosa supone y lleva consigo necesariamente la otra.

En torno a este gran don hay que tener en cuenta las siguientes conclusiones, que hemos expuesto ampliamente en otra de nuestras obras publicadas en esta misma colección de la BAC:[3]

1.ª Ningún justo, por muy perfecto que sea, puede perseverar largo tiempo en el estado de gracia sin un auxilio *especial* de Dios. Lo ha declarado la Iglesia repetidas veces.[4]

2.ª La perseverancia final en la gracia es un gran don de Dios enteramente gratuito, que, por lo mismo, nadie puede merecer. Se desprende claramente de la Sagrada Escritura,[5] del magisterio de la Iglesia (D 826) y se prueba muy bien por razones teológicas enteramente convincentes.[6]

3.ª Nadie puede saber con absoluta e infalible certeza, a no ser por revelación especial de Dios, si recibirá o no el gran don de la perseverancia final. Es de fe, expresamente definida por el concilio de Trento (cf. D 826).

2. Cf. *Dios y su obra,* n. 211 ss., donde explicamos este punto.

3. Cf. *Teología de la salvación:* BAC 3.ª ed. (Madrid, 1965), n. 98-103.

4. Cf. D. 132.183.832.

5. Cf. Rom, 8, 28-30; 9, 15-16; Ef. 1, 4-6; 2, 8-9; 2 Tim 1, 9, etc.

6. Cf. I-II 109, 10; 114, 9; II-II 137, 4.

4.ª Sin embargo, podemos conjeturar en cierto modo nuestra perseverancia final a base de las llamadas *señales de predestinación,* una de las cuales —como veremos— es la verdadera y auténtica devoción a María.

5.ª Con la oración, revestida de las debidas condiciones, puede obtenerse infaliblemente de Dios el gran don de la perseverancia final.

Dada la gran importancia de esta última conclusión en orden al problema que planteamos en este capítulo, vamos a explicar su verdadero sentido y alcance examinándola palabra por palabra:

Con la oración, de petición o súplica.

Revestida de las debidas condiciones. Las esenciales son cuatro:[7]

a) Que se pida algo para sí mismo (el prójimo puede oponer el obstáculo voluntario de su resistencia a la recepción de la gracia pedida para él; mientras que el que la pide para sí mismo, la acepta y desea por el mero hecho de pedirla).

b) Que se trate de cosas necesarias o convenientes para la salvación eterna. Se comprende fácilmente sin necesidad de explicación.

c) Que se pida piadosamente, es decir, con fe, confianza, humildad, etc.

d) Con perseverancia, o sea, insistentemente hasta conseguirlo.

Cuando se juntan estas cuatro condiciones, se obtiene siempre, *infaliblemente,* lo que se pide,

7. Cf. II-II 83, 15 ad 2.

en virtud de la promesa de Cristo, que consta claramente en el Evangelio.[8]

Puede obtenerse. No decimos *merecerse,* sino obtenerse, conseguirse. No por vía de *justicia,* sino de pura *liberalidad y misericordia.* No se trata de exigir un jornal merecido con nuestro trabajo, sino de pedir una limosna enteramente gratuita.

Infaliblemente: por la promesa de Cristo, que se ha comprometido a ello y es imposible que deje de cumplir su palabra.

El gran don: continúa siéndolo, aunque se obtenga *infaliblemente,* puesto que no se obtiene por vía de mérito o de justicia, sino por vía de impetración o de limosna gratuita.

De la perseverancia final, o sea de la muerte en gracia de Dios, conectada infaliblemente con la salvación eterna.

Sacaremos gran partido de esta doctrina al exponer las relaciones íntimas entre la devoción a María y la perseverancia final. Pero antes vamos a exponer de qué manera la devoción a María es una gran señal de predestinación.

3. La devoción a María, gran señal de predestinación

La verdadera devoción a la Virgen constituye una de las mayores señales de predestinación que, pueden encontrarse en una determinada persona, así como el sentir poco atractivo, y sobre todo

8. Cf. Mt. 7, 7-8; 21. 22; Jn. 14, 13-14; 15, 7; 15, 16; 16, 23-24; 1 Jn. ', 14-15, etc.

tratar de rebajar la importancia de esta devoción constituye uno de los más temibles síntomas de eterna reprobación.

Es muy fácil demostrar teológicamente estas graves afirmaciones. Basta para ello recordar ciertos principios inconcusos, que hemos expuesto largamente en sus lugares correspondientes. Los principales son éstos:

1.º Dios ha dispuesto que *todas las gracias* que han de concederse a los hombres pasen por María, como Mediadora y Dispensadora universal de todas ellas. Por lo mismo, el verdadero devoto de María *entra en el plan salvífico de Dios,* que lo ha dispuesto libremente así. Y, por el contrario, el que se aparta *voluntariamente* de María, se aparta, por lo mismo, del plan divino de salvación. El primero lleva consigo, por consiguiente, una *gran señal* de que pertenece al número de los predestinados a la gloria; el segundo, en cambio, lleva consigo —por su voluntaria resistencia a entrar en los planes de Dios— un espantoso signo de eterna reprobación.

2. Como vimos en su lugar correspondiente, la devoción a María es *necesaria* para la salvación de todos los que conocen la existencia de María y saben que es obligatoria la devoción a Ella. Ahora bien, el verdadero devoto de María cumple esta obligación y muestra, por lo mismo, *que está en camino de salvación,* a la que llegará infaliblemente si no abandona esta devoción salvadora. Por el contrario, «quien, agitado por las borrascas de este mundo, rehúsa asirse a la mano auxiliadora de María, pone en peligro su

salvación», como dice expresamente Juan XXIII.[9]

Estos son los argumentos fundamentales que ha invocado siempre la tradición cristiana y el magisterio de la Iglesia a través de los papas y de la liturgia. Veamos algunos testimonios de esta doble fuente.

a) *La tradición cristina.* La prueba sacada de la tradición cristiana es sencillamente abrumadora. Se cuentan por millares los textos de los Santos Padres, teólogos y expositores sagrados. Citamos tan sólo unos pocos por vía de ejemplo.

San Ireneo: «María ha sido constituida *causa de salvación para todo el género humano*».[10]

San Juan Damasceno: «¡Oh, Soberana mía!, acepta la plegaria de uno de tus siervos. Es verdad que es pecador; pero te ama ardientemente, te mira como a la única esperanza de su alegría, como a la protectora de su vida, como a su Mediadora ante el Señor, *como a la prenda segura de su salvación*».[11]

San Pedro Damiano: »*No podría perecer ante* el eterno Juez el que se haya asegurado la ayuda de su Madre».[12]

San Anselmo: «*Es imposible que se pierda* quien se dirige con confianza a María y a quien ella acoge bien».[13]

9. Cf. JUAN *XXIII, epis. Aetate hac nostra* (27-4-1959).
10. SAN IRENEO, *Adversus haer.* 3, 22; M. G., 7, 959.
11. SAN JUAN DAMASCENO, *Serm. in Nativit. B. V. Deiparae* n. 12; M. G. 95, 680.
12. SAN PEDRO DAMIANO, *Opusc.* 33: ML 145, 563.
13. SAN ANSELMO, *Orat.* 52: ML 158, 956.

San Bernardo: «Recurre a María... Te doy garantía segura: Ella será oída por su reverencia. El Hijo oirá a la Madre, de la misma manera que el Padre oye al Hijo. Hijitos, maría es la escala de los pecadores, es mi más grande esperanza, es la razón de toda mi esperanza...».[14]

Raimundo Jordán: «Ella es nuestra Abogada ante el Hijo, como el Hijo lo es ante el Padre. Es la procuradora que nos gestiona nuestros intereses y da valor a nuestras plegarias. Frecuentemente libera con su misericordia a los que merecían ser castigados con la justicia del Hijo. Ella es el tesoro de Dios, y, a la vez, la tesorera de las gracias, que enriquece con abundantísimos dones espirituales a los que la sirven, y, potentísima, les protege contra el mundo, el demonio y la carne. *Nuestra salvación está en sus manos.* Después de su Hijo, Ella es la dueña de toda criatura, y glorificará en el futuro a los siervos que la honran en el presente».[15]

Ludovico Blosio: «Tu, después de tu unigénito Hijo, eres la esperanza segura de los fieles... ¡Salve, oh esperanza oportuna de los desesperados! *No puede perecer quien haya sido constante y humilde devoto de María—.*[16]

San Luis María Grignion de Montfort: «Es una señal infalible de reprobación... el no tener estima y amor a la Santísima Virgen; así como, por el contrario, *es un signo infalible de predesti-*

14. SAN BERNARDO, *Serm. de Nativ.:* ML 183, 442.
15. RAIMUNDO JORDÁN, *Summa aurea* t. 4 col. 852.
16. LUDOVICO BLOSIO, *Parad. an Eudolog. ad Mar* I.

nación de entregársele y serle devoto entera y verdaderamente».[17]

Basta ya. Podríamos seguir multiplicando los textos, pero no hace falta. Con razón afirma un escritor de nuestros días.[18]

«La salvación de los siervos de María ha llegado a ser una de las verdades prácticas que se demuestran por la persuasión misma de los fieles y de la predicación cotidiana de los autores sagrados. En un punto que pertenece al dogma o a la perfección cristiana, Dios no permite el error universal del pueblo cristiano. Ahora bien, son muchos los siglos en los que, desde lo alto de la cátedra cristiana, en las ciudades y en las aldeas, se inculca al pueblo la convicción de que un hijo de María no podrá perecer. Y la jerarquía católica no sólo permite, sino que impulsa esta doctrina; la formula en sus actos emanados de la autoridad suprema. Y así ha nacido una confianza universal que no puede quedar frustrada».

b) *El Magisterio de la Iglesia.* La jerarquía católica, en efecto, con su magisterio ordinario a través de los Sumos Pontífices, de la liturgia y de los obispos esparcidos por todo el mundo, ha bendecido, aplaudido y fomentado de mil diversas formas esta convicción profunda de todo el pueblo cristiano, en el que no es posible el error común o colectivo. Escuchemos, por vía de ejemplo, la voz autorizada de los últimos Sumos Pontífices:

17. SAN LUIS MARÍA G. DE MONTFORT, *Ver dev. n. 40: ed.* BAC p.459.

18. MONSEÑOR MILLOT, *Connaitre, aimer, servir la très Sainte Vierge* (Paris, 1923)., p. 195.

Benedicto XV: «Es muy constante entre los fieles la opinión, comprobada por larga experiencia, de que *no parecerán eternamente los que tengan a la Virgen por Patrona*».[19]

Pío XI: «*No puede sucumbir eternamente aquel a quien asistiere la Santísima Virgen,* principalmente en el crítico momento de la muerte. Y esta setencia de los *doctores de la Iglesia,* de acuerdo con el *sentir del pueblo cristiano,* y corroborada por una ininterrumpida experiencia, apóyase muy principalmente en que la Virgen dolorosa participó con Jesucristo en la obra de la redención, y, constituida Madre de los hombres, que le fueron encomendados por el testamento de la divina caridad, los abrazó como a hijos y los defiende con todo amor».[20]

Pío XII: «Tú eres luz en las dudas, consuelo en las tristezas, alivio en las angustias, refugio en los peligros y tentaciones. Tú eres, después de tu Unigénito, *salvación cierta* ¡Dichosos los que te aman!».[21]

«Nos tenemos por cosa averiguada que, dondequiera que la santísima Madre de Dios es obsequiada con sincera y diligente piedad, *jamás puede fallar allí la esperanza de salvación*».[22]

19. BENEDICTO XV, epíst. apost. *Inter sodalicia* (22-5-1918). Cf. *Doc. mar* n.556.

20. Pío XI, epís. apost. *Esplorata res est* (2-2-1923). Cf. *Doc. mar.,* n. 575.

21. Pío XII, S. Penit. Apost. (22-4-1941). Cf. *Doc. mar.,* n. 684.

22. Ibid., epíst. apost. *Sacro vergente anno* (7-7-1952). Cf. *Doc. mar.* n. 843.

«El culto de la Virgen Madre de Dios, como dicen los teólogos, *es señal de predestinacion*».[23]

Juan XXIII: «Quien, agitado por las borrascas de este mundo, rehúsa asirse a la mano auxiliadora de María, *pone en peligro su salvación*».[24]

Pablo VI; Los hermanos separados, «el día de su integración en la única Iglesia fundada y querida por Cristo», tendrán el gozo, «si es que no lo disfrutan ya, de redescubrir a María, humilde y altísima, en el punto *esencial* que Dios le asignó *en el plan de nuestra salvación*».[25]

c) *La liturgia católica.* Esta enseñanza del magisterio oficial de la Iglesia se manifiesta también a través de la liturgia. Como es sabido, «la ley de la oración establece la ley de la fe —*lex orandi, statuit lex credenti*—, ya que la Iglesia no puede proponer a la oración universal de los fieles una doctrina errónea o no del todo conforme con la doctrina de la fe. Por eso el argumento litúrgico tiene un gran valor en teología.

Pues bien, en la liturgia se nos inculca claramente la doctrina que venimos exponiendo en torno a la devoción a María como señal de predestinación. Véanse, por ejemplo, los siguientes textos de la Sagrada Escritura, que, aunque en su sentido literal y primero se refieren directamente a Cristo, la Iglesia los aplica también, extensivamente, a María:

23. Ibid., enc *Mediator Dei* (20-11-47): AAS (1947) p. 548.
24. JUAN XXIII, epist. *Aetate hac nostra* (27-4-1959).
25. PABLO VI, hom., en la fiesta de la Purificación (2-2-1965) AAS 57, p. 252.

«Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará la salvación del Señor» (Prov. 8, 35).

«Los que me honran, obtendrán la vida eterna» (Eclo. 24, 31).

Quede pues, sentado que el magisterio de la Iglesia, a través de los Sumos Pontífices y de la liturgia, se hace eco del sentir de la tradición y de todo el pueblo cristiano, que ha visto siempre en la verdadera devoción a María una de las señales más claras y eficaces de eterna predestinación.

Veamos ahora una de las cuestiones más íntimamente relacionadas con la divina predestinación, de la que forma parte intrínseca como acto *elícito* de la misma, la perseverancia final en la gracia, o sea la muerte en gracia y amistad con Dios, que lleva consigo, infaliblemente, la salvación eterna.

4. La devoción a María y la perseverancia final

Como ya hemos dicho más arriba, es de fe, por la expresa definición del concilio de Trento, que, a menos de saberlo por una revelación especial de Dios, nadie puede saber con absoluta e infalible certeza si recibirá o no de Dios el gran don de la perseveranciaa final en la gracia divina (cf. D 826). Sin embargo, podemos *conjeturarlo* por las llamadas *señales de predestinacion*[26] y *ob-*

26. Además de la devoción a María —que es una de las más importantes—, los teólogos reconocen como *señales de predestinación* las siguientes: vivir habitualmente en gracia de Dios, espíritu de oración, verdadera humildad, paciencia

tenerlo infaliblemente por la oración revestida de las debidas condiciones , como explicaremos en seguida.

Ahora bien, la oración dirigida a Dios *a través de María* tiene una eficacia especialísima para obtener lo que pidamos rectamente, como es fácil comprender dada la misión confiada por el mismo Dios a María como Mediadora universal de todas la gracias. Por eso vamos a exponer en una conclusiones altamente tranquilizadoras de qué manera podemos obtener *infaliblemente* de la misericordia divina el don inefable de la perseverancia final, a base de la oración de súplica reforzada por la intercesión de María. He aquí las conclusiones con su correspondiente prueba teológica:

1.ª Con la oración revestida de las debidas condiciones, puede obtenerse infaliblemente de Dios el gran don de la perseverancia final. (Doctrina cierta y común).

Ya hemos explicado más arriba cuáles son las condiciones que ha de revestir la oración para que su eficacia sea *infalible.* En este supuesto, he aquí la prueba teológica de la conclusión[27]

cristiana en las adversidades, caridad para con el prójimo, amor entrañable a Cristo, obediencia y amor a la Iglesia, etc. Naturalmente, cuantas más se reúnan en un alma, mayor fuerza tienen; y el que las reconociese todas en su espíritu podría tener la esperanza firmísima de que pertenece al número de los predestinados.

27. Cf. nuestra *Teología de la salvación,* n.101.

a) La Sagrada Escritura. Nos dice con toda claridad que obtendremos de Dios *todo* cuanto le pidamos en orden a nuestra eterna salvación; y, como es obvio, ninguna otra cosa es más necesaria para conseguirla que la perseverancia final. La promesa divina consta con toda claridad en las sagradas páginas. He aquí algunos textos del todo explícitos e inequívocos:

Pedid, y se os dará; buscad y halláreis, llamad, y se os abrirá. Porque quien pide recibe; quien busca halla y a quien llama se le abre (Mt. 7, 7-8).

Y todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis (Mt. 21, 22).

Y lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, yo lo haré (Jn. 14, 13-14).

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará (Jn. 15, 7).

...para que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo dé (Jn. 15, 16).

En verdad, en verdad os digo: Cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre... Pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo (Jn. 16, 23-24).

Y la confianza que tenemos en Él es que, si le pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que nos oye en cuanto le pedimos, sabemos que obtenemos las peticiones que le hemos hecho (1 Jn. 5, 14-15).

Es imposible hablar más claro y con más apremiante insistencia. La promesa divina consta con con toda certeza en las fuentes mismas de la revelación.

b) El magisterio de la Iglesia. El Concilio II de Orange afirma que «la ayuda de Dios ha de ser implorada siempre, aun por los renacidos y sanados, *para que puedan llegar a buen fin* o *perseverar en la buena obra*» (D 183). El concilio de Trento, después de decir que nadie puede saber con certeza si recibirá o no el don de la perseverancia final, añade, sin embargo, que «todos deben colocar y poner en el auxilio de Dios la más firme esperanza» (D 806), ya que «Dios no manda cosas imposibles a nadie, sino que, al mandar alguna cosa, nos avisa que hagamos lo que podamos y *pidamos lo que no podamos* y nos ayuda para que podamos» (D 804). Por otra parte, la Iglesia en su liturgia pide continuamente la perseverancia en el bien y la salvación eterna. Y, según San Agustín, en el *Padrenuestro* no pedimos otra cosa que la perseverancia final.[28]

c) La razón teológica. He aquí cómo expone Santo Tomás los argumentos de razón:

«Con la oración podemos impetrar incluso lo que no podemos merecer. Porque Dios escucha a los mismos pecadores cuando le piden perdón, aunque de ningún modo lo merecen, como explica San Agustín comentando aquello del Evangelio (Jn. 9, 31): *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores.* De otra suerte hubiera sido inútil la

28. Cf. SAN AGUSTÍN, *De dono perseverantiae* c. 2-5: ML 45.996.999; BAC, *Obras* t. 6 pp. 569-579.

oración del publicano cuando decía: *Compadécete de mí, Señor, que soy un hombre pecador* (Lc. 18, 13). De semejante manera *podemos impetrar el don de la perseverancia final para nosotros o para otros, aunque no caiga bajo el mérito*».[29]

«Hay también en la Sagrada Escritura muchas oraciones en las cuales se pide a Dios la perseverancia; por ejemplo, en el Salmo: *Asegura mis pasos en tus senderos para que mis pisadas no resbalen* (Sal. 16, 5). Y en la epístola segunda a los Tesalonicenses (2, 16-17): *Dios, nuestro Padre, consuele vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena.* Esto mismo se pide en la oración dominical, principalmente cuando se dice: «Venga a nos tu reino», pues no vendrá a nosotros el reino de Dios si no perseverásemos en el bien. Pero sería ridículo pedir a Dios lo que no proviene de El. Luego la perseverancia del hombre procede de Dios».[30]

A estos argumentos de Santo Tomás se pueden añadir otros que se apoyan no sólo en la bondad, sino hasta en la justicia misma de Dios. He aquí uno de los más claros y convincentes:

Todo hombre está obligado a asegurar sus salvación por todos los medios a su alcance. Ahora bien: como la perseverancia final —condición indispensable para salvarse— no puede ser merecida por nadie si no tuviéramos a nuestra disposición un medio *seguro e infalible* de conseguirla, sería vano e injusto el precepto divino que nos

29. I-II 114, 9 ad. 1.
30. *Contra gent.* 3, 155.

obliga a salvarnos; porque podría darse el caso de no conseguir esa salvación después de haber hecho de nuestra parte *todo* lo posible para asegurarla, lo cual es absurdo, blasfemo y herético. Tiene que haber, pues, un medio *seguro e infalible* de salvación colocado al alcance de todos los hombres, y ese medio no es otro que la oración de súplica revestida de las debidas condiciones.

Contra esta doctrina, tan profundamente tranquilizadora, pueden, sin embargo, ponerse algunas objeciones aparatosas, la solución de las cuales redondeará la doctrina que acabamos de exponer y la hará más clara y coherente.

Primera objeción. La voluntad de Dios y sus disposiciones eternas son absolutamente inmutables. Si El ha dispuesto concedernos la gracia de la perseverancia final, nos la concederá aunque no se la pidamos; y si no, es inútil que se la pidamos, pues infaliblemente nos quedaremos sin ella, ya que Dios no puede cambiar de voluntad.

Respuesta. Es cierto que Dios no cambia ni puede cambiar de voluntad, porque ese cambio supondría una equivocación o error en la primera determinación divina, lo cual es imposible en Dios. Pero de ahí no se sigue que la oración sea inútil, porque Dios ha determinado desde toda la eternidad conceder algunas cosas *a condición de que se las pidan,* o sea vinculándolas a nuestras oraciones. De donde se sigue que, si pedimos esas cosas, las tendremos ciertamente; pero, si no las pedimos, nos quedaremos sin ellas. No se trata de que Dios mude o cambie su voluntad, sino de que nosotros cumplamos la condición

que El ha señalado para concedernos tales gracias. Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina:

«La divina Providencia no sólo dispone las cosas que se han de producir en el mundo, sino también las *causas* y el *orden* en que han de producirse. Ahora bien: entre esas causas figuran los actos humanos. Luego hay que concluir que los hombres tienen que hacer algunas cosas, no para cambiar con ellas las disposiciones divinas, sino para cumplir las condiciones que Dios ha señalado para que se verifiquen aquella cosas. No oramos, pues, para cambiar las divinas disposiciones, sino para impetrar lo que Dios dispuso conceder a las oraciones de los santos.»[31]

La oración no es, pues, una simple *condición,* sino una verdadera *causa segunda* condicional (la causa primera absoluta de todo cuanto existe es el mismo Dios). No se puede cosechar sin haber sembrado; la siembra no es simple condición, sino causa *segunda* de la cosecha.

Segunda objeción. O estoy predestinado o no lo estoy. Si lo estoy, me salvaré infaliblemente haga lo que haga, pues la divina predestinación es infalible o infrustable; y si no lo estoy, haga lo que haga, me condenaré sin remedio. Luego es inútil orar o practicar el bien.

Respuesta. Hay aquí un sofisma muy grande, que se deshace fácilmente con los primeros que acabamos de sentar al resolver la objección anterior. Es cierto que la predestinación es infrustrable y no puede fallar, pero también lo es que el

31. II-II, 83, 2.

hombre tiene que cooperar a la gracia cumpliendo los planes misericordiosos de Dios, sin cuya cooperación no se realizarían esos planes. El predestinado cooperará de hecho, infaliblemente, a los planes de Dios, ya que está predestinada por Dios esta misma cooperación, que se realizará sin falta; pero esta cooperación es de tal manera necesaria, que sin ella el hombre no se salvaría. Escuchemos a Santo Tomás:

«En la predestinación hay que distinguir dos cosas: la misma preordinación divina y su efecto. En cuanto a lo primero, la predestinación en modo alguno puede ser ayudada por las oraciones de los santos, pues no son éstas las que hacen que alguien sea predestinado por Dios. Pero, en cuanto a lo segundo, se dice que la predestinación es ayudada por las oraciones de los santos y por otras obras buenas; porque la providencia, de la que forma parte la predestinación, no prescinde de las causas segundas, sino que provee a sus efectos en forma tal que incluso el orden de las causas segundas está comprendido en sus planes. Por tanto, así como Dios provee a los efectos naturales de modo que tengan causas también naturales, sin las cuales no se producirán, de la misma manera predestina la salvación de alguien de tal modo que *bajo el orden de la predestinación queda comprendido todo lo que promueve la salvación del hombre, bien sean sus propias oraciones, las de los demás, las otras obras buenas o cualquiera de las cosas sin las cuales no se alcanza la salvación.* Y he aquí por qué los predestinados deben poner empeño en orar y prac-

ticar el bien, pues de esta manera se realiza con certeza el efecto de la predestinación, y por esto dice San Pedro: *Procurad, por vuestras buenas obras, hacer cierta vuestra vocación y elección».*[32]

De modo que la predestinación conseguirá sin falta su objetivo, pero a base de la libre cooperación del hombre; de tal manera que *no se conseguiría* sin esta cooperación, que, sin embargo, se realizará de hecho *infaliblemente* por estar también predestinada.[33] Por eso es una gran señal de predestinación el vivir habitualmente en gracia de Dios y esforzarse en cumplir sus mandamientos, pues con ello aparece claro que *vamos cumpliendo los planes de Dios* en orden a nuestra eterna salvación, que llegará de hecho a su debido tiempo, o sea cuando hayamos cumplido por nuestra parte la última condición prevista y ordenada por Dios.

Y con esto queda deshecho el sofisma del lla-

32. I 23, 8.

33. Sabido es que, como enseña la más elemental filosofía, lo *infalible* es perfectamente compatible con lo *libre,* aunque lo libre sea incompatible con lo *necesario.* No es lo mismo *necesario* que *infalible.* Necesario es lo que de *hecho y de derecho es así* y no puede ser de otra manera (v. gr., 2 + 2 = 4). Infalible, en cambio, es aquello que *de hecho* es así, pero en absoluto o *de derecho* podría ser de otra manera. Por ejemplo: el pecador que comete un pecado permanece *infaliblemente* en él *mientras no se arrepienta;* pero nadie le impide arrepentirse y salir de él por el perdón de Dios. Su permanencia en el pecado no es, pues, una cosa *necesaria* (puede y debe arrepentirse con la gracia de Dios), pero sí *infalible* mientras no quiera arrepentirse. He aquí juntos lo *infalible* y lo *libre,* aunque sea imposible juntar lo *necesario* con lo *libre.*

mado *determinismo teológico* de los fatalistas árabes y algunos protestantes. Aquello de que «lo que Dios sabe que ocurrirá, ocurrirá sin falta», es una verdad muy grande; pero de esto no se sigue que el hombre no pueda o no deba hacer nada para salvarse, sino que es necesario que coopere a la acción de Dios para llegar *los dos juntos* (Dios y el hombre) al resultado previsto por Dios.

Con este sofisma del determinismo teológico quiso engañar el demonio a un monje que hacía mucha penitencia, según se lee en las *Vidas de los Padres del desierto.* Presentándose un día el tentador, arguyó al monje del siguiente modo: «O estás predestinado o no lo estás. Si lo estás, ¿para qué hacer penitencia, pues de todas formas te has de salvar? Y si no lo estás, ¿por qué te molestas en hacerla, pues de todas formas te has de condenar? Luego déjate de penitencias y entrégate a toda clase de placeres, sin miedo a cambiar por ellos los planes que Dios tenga sobre ti». A lo que contestó el monje agudamente, retorciéndole el argumento en la siguiente forma: «O estoy predestinado o no lo estoy; dices bien. Si lo estoy, ¿por qué me tientas, si de todas formas me he de salvar? Y si no lo estoy, ¿por qué te molestas en tentarme, si de todas formas iré contigo al infierno? Luego vete de aquí y déjame en paz con mis penitencias».

No sabemos si el anterior relato es o no histórico, pero es indudable que echa completamente por tierra el argumento de los fatalistas. Dios, *en el orden de la intención,* nos ha predestinado

por un decreto enteramente gratuito y misericordioso, ya que la predestinación —al menos tomada *adecuadamente,* o sea incluyendo todo el proceso de la gracia y la gloria— es completamente gratuita, como reconocen todas las escuelas teológicas y se desprende de los datos de la fe (cf. Mt. 25, 34; Rom. 8, 29-30; 9, 11-13; Ef. 1, 3-5, etc.); pero *en el orden de la ejecución* exige y reclama nuestra cooperación para llevar a cabo aquel plan enteramente gratuito de su intención eterna. Sin esta cooperación del hombre, aquel plan no se realizaría de hecho; aunque esta cooperación no faltará en los predestinados, que la prestarán libre, pero infaliblemente, en el sentido que acabamos de explicar. Por eso no hay otra señal más clara de predestinación como el vivir habitualmente en gracia de Dios, trabajando con temor y temblor en nuestra propia salvación. Como no la hay tan clara de futura reprobación como el vivir habitualmente en pecado, sin preocuparse de salir de él; sobre todo si esta actitud se ha tomado precisamente por el absurdo pretesto de que «lo que Dios sabe que ocurrirá, ocurrirá sin falta».

Hasta aquí la prueba de la primera conclusión a base de la eficacia infalible de la oración. Veamos ahora de qué manera esta eficacia llega a su colmo cuando hacemos intervenir en ella la intercesión de María.

2.ª **Es moralmente imposible que deje de obtener de Dios el gran don de la perseverancia final quien se lo pida ferviente y diariamente por intercesión de María.**

Después de lo que acabamos de decir en la conclusión anterior, esta otra se cae de su propio peso y apenas necesita demostración alguna. Porque a la eficacia —de suyo ya infalible— de la oración, se añade, por si algo faltara, la intercesión eficacísima de María como Mediadora universal de todas las gracias y como «Omnipotencia suplicante», que obtiene cuanto quiere de Dios. Por lo que, si algún reparo se pudiera poner a esta segunda conclusión, sería únicamente el haberla formulado con excesiva timidez, ya que las palabras «es moralmente imposible que deje de obtener» podrían sustituirse con toda exactitud y verdad por estas otras: «obtendrá infaliblemente».

Queremos ahora llamar la atención del lector sobre la eficacia incomparable del rezo piadoso y diario del *santo rosario* en orden a obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final, que corona todos los demás dones de Dios y sin el cual para nada nos aprovecharían todos los demás. Es tan importante este punto, que vamos a examinarlo enforma de una nueva conclusión, que, en realidad, es la misma que acabamos de estudiar, formulada de otra manera del todo equivalente. Hela aquí:

3.ª **Es moralmente imposible que deje de obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final todo aquel que rece diaria y piadosamente el santo rosario con esta finalidad.**

La prueba de esta conclusión está ya dada en las dos conclusiones anteriores, de las que no es más que un simple corolario o consecuencia necesaria. El rosario mariano, en efecto, recitado *diaria* y *piadosamente* —como exige la conclusión—, reúne en grado superlativo *todas* las condiciones para la eficacia infalible de la oración, añadiendo, por si algo faltara, la intercesión omnipotente de María. La consecuencia se desprende por sí misma.

He aquí de qué manera el rezo del santo rosario cumple en absoluto *todos* las condiciones para la eficacia infalible de la oración que hemos señalado más arriba:

1.ª *Se pide algo para sí mismo:* la propia perseverancia final o muerte en gracia de Dios.

2.ª *Algo necesario o conveniente para la salvación:* sin la perseverancia final es absolutamente imposible salvarse.

3.ª *Piadosamente,* es decir, *con fe* (¡nos dirigimos a Dios, nuestro *Padre,* y a María, nuestra Madre!), *con humildad* («perdónanos nuestras deudas..., ruega por nosotros, pecadores...»), *en nombre de nuestro Señor Jesucristo* (cuya oración —el Padrenuestro— recitamos al frente de cada uno de los misterios) y *por intercesión de María* (a la que va dedicado el rosario entero).

4.ª *Con perseverancia:* ¡Cincuenta veces diarias pidiendo a María que ruegue por nosotros *en la hora de nuestra muerte*! ¿Puede pedirse mayor insistencia y perseverancia en la oración pública? Y si tenemos la dicha de rezar diariamente los quince misterios del rosario, ¡ciento cincuenta peticiones diarias! ¿Puede concebirse acaso que María deje de asistir efectiva y eficazmente a la hora de la muerte a quien se lo pidió durante toda su vida cincuenta o ciento cincuenta veces cada día? La imposibilidad *moral* se hace tan grande que casi puede hablarse de imposibilidad *prácticamente metafísica.*

Como se ve, afirmar que el rezo *piadoso* y *diario* del santo rosario es una señal grandísima de predestinación y una especie de «seguro infalible de salvación» no es una afirmación gratuita e irresponsable, sino una conclusión *rigurosamente teológica,* que resiste el examen de la crítica más severa.

Nada tiene, pues, de extraño que el inmortal pontífice Pío XI finalizase una oración en honor de la Virgen del Rosario con estas hermosísimas palabras:[34]

«¡Oh corona del rosario de mi Madre!, te aprieto contra mi pecho y te beso con veneración. Tú eres el camino para alcanzar toda virtud, el tesoro de los merecimientos para el paraíso, la *prenda de mi predestinación,* la cadena fuerte que tiene a raya al enemigo, fuente de paz para quien te honra en vida, auspicio de victoria para quien

34. Pío XI, breve apost. de 20 de julio de 1925.Cf. *Doc. mar.* n. 594.

te besa en la muerte. En aquella hora extrema, te aguardo, ¡oh Madre!; tu aparición será la señal de mi salvación, tu rosario me abrirá las puertas del cielo».

Entonces, ¿basta con rezar diariamente el rosario para poder pecar tranquilamente, dando por seguro que, a pesar de todo, obtendremos de Dios infaliblemente el don supremo de morir en gracia de Dios? Quien tal cuenta se echara, daría bien a entender que no había comprendido nada de cuanto acabamos de decir: El rosario es, ciertamente, una señal grandísima de predestinación para todo aquel que lo rece *diaria* y *piadosamente* —como dice nuestra conclusión—, o sea con intención de vivir en gracia de Dios y cumplir sus mandamientos, para lo que ayudará eficazmente el rezo mismo del rosario. Lo contrario equivaldría a reírse de Dios, o sea a rezar el rosario *impía* y *perversamente*. La Sagrada Escritura nos advierte por boca de San Pablo que «de Dios nadie se ríe» (Gál. 6, 7), y el que rezase el rosario con la perversa intención de asegurarse su salvación sin dejar de pecar, demostraría querer burlarse de Dios y llevaría consigo una de las más claras e inequívocas señales de eterna reprobación. La medicina saludable se convertiría para él en veneno mortal.

Además del rezo piadoso del santo rosario, existen otras devociones marianas relacionadas íntimamente con el problema formidable de nuestra salvación eterna. Las principales son la comunión reparadora de los *cinco primeros sábados de mes* —a los que la Santísima Virgen de

Fátima ha vinculado una promesa parecida a la de los nueve primeros viernes en honor del Sagrado Corazón de Jesús[35]— y la de llevar piadosamente y con buena conciencia el santo *escapulario del Carmen,* tan venerable por su antigüedad y la piadosa tradición de haber recaído sobre él una promesa mariana de salvación. La experiencia ha mostrado también ser muy eficaz —sobre todo para la conversión de los pecadores— la llamada *Medalla Milagrosa,* que inspiró la misma Santísima Virgen a Santa Catalina Labouré, humilde hija de la Caridad.

35. He aquí las palabras de la Virgen a Lucía, la afortunada vidente de Fátima, el día 10 de diciembre de 1925: «Mira, hija mía, mi corazón todo punzado de espinas, que los hombres en todo momento le clavan con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarle, y haz saber que *yo prometo asistir a la hora de la muerte, con las gracias necesarias para la salvación eterna,* a todos aquellos que en los primeros sábados de cinco meses consecutivos se confiesen, reciban la sagrada comunión, recen la tercera parte del rosario y me hagan compañía durante un cuarto de hora meditando en los quince misterios del rosario con intención de darme reparación (del *Manual oficial del peregrino de Fátima,* editado por orden del obispo de Leiria, 13 de mayo de 1939). La Iglesia, como se sabe, ha bendecido esta excelente devoción mariana.

INDICE

LA DEVOCION A MARIA

Introducción 3

CAPÍTULO I

La devoción en general 5
1. Naturaleza 5
2. Relaciones con la perfección cristiana ... 8
3. Medios principales para adquirir, conservar y desarrollar la devoción 10

CAPÍTULO II

Naturaleza de la devoción a María 14
1. El culto debido a la Virgen María 14
2. Principios fundamentales de la verdadera devoción a María 17
   1.° Jesucristo, fin último 19
   2.° Elementos constitutivos 26
      a) Veneración 26
      b) Amor 28
      c) Gratitud 30
      d) Invocación 33
      e) Imitación 37
   3.° Características fundamentales 42
      a) Interior 42
      b) Tierna 42
      c) Santa 41
      d) Constante 41
      e) Desinteresada 42
3. La falsa devoción a María 43

CAPÍTULO III

Necesidad de la devoción a María 45
1. Necesidad para la salvación 45
2. Necesidad para la santificación 55

CAPÍTULO IV

La perfecta consagración a María 61
1. Excelencia de la perfecta consagración ... 61
2. ¿Esclavitud mariana o piedad filial? 64
3. Finalidad de la perfecta consagración a María 68
4. En qué consiste la perfecta consagración a María 69
   1.° La entrega total a María 70
   2.° La verdadera vida mariana 74
      a) Con María 75
      b) En María 76
      c) Por María 76
      d) Para María 77
5. Motivos para consagrarse a María 78

CAPÍTULO V

La devoción a María, la predestinación y la perseverancia final 91
1. La divina predestinación 91
2. La perseverancia final 93
3. La devoción a María, gran señal de predestinación 96
4. La devoción a María y la perseverancia final 102